

UNA PLAGA DE ANDAR POR CASA



J. DAVID GÓMEZ LOZOYA

UNA PLAGA DE ANDAR POR CASA

J. DAVID GÓMEZ LOZOYA

UNA PLAGA DE ANDAR POR CASA

J. David Gómez Lozoya

Diseño de la cubierta

J. David Gómez Lozoya

Copyright © J. David Gómez Lozoya, 2015

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita del titular del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

UNO

Entre otros extraños y espeluznantes sucesos, aquel fue también el año del gran incendio. En el verano más seco que recuerdo siendo niña, medio país ardió como una insaciable hoguera al por mayor. Los hidroaviones panzudos se convirtieron en un pájaro más de los cielos y de tanto repetirse los incendios ya no eran noticia, a pesar de que cada catástrofe siempre empequeñecía a las anteriores en número de hectáreas y muertos calcinados. Para no ser menos, el pueblo donde veraneaba con mi madre y su novio de turno, un tal Roque, también se consumió en un torbellino de fuego que duró tres días con sus respectivas noches.

Nunca supimos si fue de una parrilla grasienta, de un fumador desaprensivo o de la mente enferma de un pirómano donde comenzaron las llamas. Lo que sí recuerdo de esa mañana de domingo es que seguía castigada sin tele y que mamá me bajaba arrastras a por el pan, cuando vimos una humareda detrás del campo de fútbol. Antes de que respondieran los del 112, aquello se había convertido en llamas que volaban por las pajas secas y a través de las retamas, y cuando sonó la primera sirena era el pinar el que estallaba como una antorcha. Saltaron las alarmas de un pueblo a otro, pero el caos de teléfonos, campanas y de más y más sirenas no pudo con el frenesí del incendio que ya volaba por los campos y monte arriba, abriéndose paso a bocanadas ansias que le hacían crecer a cada instante.

Hacia el mediodía el sol quedó atrapado en un aire turbio y doloroso. Desde el alto de la iglesia donde nos habíamos refugiado podíamos ver los coches y camiones de bomberos alrededor del cementerio. Había mucha gente allí, bomberos, guardias y gente de amarillo con palas y mangueras que corrían de un lado a otro como hormigas enloquecidas. Con un cambio del viento el incendio pareció titubear, que se detenía y se contraía como un animal exhausto y temible. Cuando daba la sensación de que empezaba a controlarse, otro golpe de viento le hizo estallar. Dicen los que lo vieron de cerca que fue como un rugido, el fuego se convirtió de pronto en una tormenta, en un muro de llamas que se alzaba entre la tierra y un cielo blanco de humo y cenizas.

Se perdió contacto con la brigada contra incendios formada con parados de pueblo. Les habían enviado al pinar de la montaña, allí donde ahora los árboles, la hierba, los insectos se deshacían en volutas espesas y sofocantes que caían en el pueblo como una nevada sucia. La ceniza me hacía estornudar. Tugo también estornudaba y se escondía entre nuestras piernas, encogido y asustado, sin atreverse siquiera a ladrar. Todo el mundo estaba en la plaza, por allí y por las calles vagábamos como almas en pena los del pueblo y los evacuados de las urbanizaciones. Sobre las caras negruzcas resaltaban los ojos aturridos, temerosos, incrédulos. Lo último que recuerdo es que se hizo de noche y el cielo y la torre de la iglesia eran de color naranja. Poco después nos llevaron en autobuses a un polideportivo de otro pueblo, donde estuvimos juntos, mamá, Roque y yo y muchos vecinos, esa noche y otras más en las que casi nadie consiguió dormir.

Hasta que el fuego no se cansó de corretear de un lado a otro arrasándolo todo, no acabó aquella locura. De los bosques que cubrían el valle sólo quedaban perplejas estacas apuntando al cielo. A los de la brigada los encontraron en el fondo de un barranco, poco más que algunos restos calcinados, tan negros y retorcidos como las ramas entre las que habían ido a caer. Y según lo que vino después, esto no era lo más espantoso que había de traer el incendio. Parte del valle, los pueblos y muchas casas se habían desecho en cenizas que vagaban de aquí para allá arrastradas por el viento. Aún pasarían días hasta que se disipara el humo, se fueran apagando las brasas y nos dejaran volver a casa.

Los autobuses nos dejaron en la plaza del ayuntamiento. Mi madre y los demás vecinos discutieron con los guardias para subir hacia la urbanización. Poco después caminábamos todos en silencio sorteando escombros humeantes por la carretera todavía cortada, con la ropa y los ánimos cada vez más negros. Tugo, perro viejo y holgazán, se resistía a seguirnos mientras estornudaba con el hocico atiborrado de carbonilla.

- Lena, estate quietecita -mi madre aún tenía ánimos para obsequiarme con el enésimo coscorrón por hurgar entre los tizones.

Pasábamos junto a casas que habían ardido hasta los cimientos, de otras no quedaban más que los muros; pero nosotros tuvimos la increíble suerte de encontrar nuestra casa entera en medio de aquel infierno consumido. Parece que después de una carrera enloquecida, de trepar por los bordes del río arrasándolo todo, el incendio se detuvo en el muro de nuestro jardín. Mi madre no podía disimular la expresión de alivio y de alegría, casi una ofensa delante de los vecinos desesperados por la tragedia.

Costó lo suyo abrir la puerta del patio, atascada por dos cuartas de escoria. Pero lo importante es que allí seguía nuestra casona, grande y cuadrada, con sus muros de piedra y las viejas contraventanas de madera. Dos plantas, un sótano y un sinfín de habitaciones llenas de trastos que formaban el laberinto donde solía perder las horas inmensas de mi infancia. La casa se levantaba pesada al borde de la calle y detrás tenía un terreno con árboles, arbustos y otras plantas que medraban con éxito desigual. El jardín terminaba en un muro sobre las peñas del riachuelo, que un poco más abajo se ensanchaba y dividía en dos el pueblo.

A los pocos días el arroyo se secó. El hilo de agua no pudo con la avalancha de escombros que lo cegaron monte arriba y ya no volvería a correr en todo el verano. Aquello fue el colofón de una sequía que duraba años. Andaban en el pueblo desesperados, con las cosechas en ruina, el ganado siempre sediento y más que hartos de tener el agua racionada. Así que se hizo tan fuerte el deseo de los paisanos, fueron tantas las rogativas y las idas y venidas con los santos de madera a cuestras, que algo debió conmoverse en las alturas. Un día de octubre se fueron amontonando en el cielo nubarrones tan negros que anocheció a media tarde. No tardaron las descargas eléctricas en rasgar el horizonte. Una suave brisa con olor a tierra mojada acarició los rostros sonrientes, sólo un poco antes de convertirse en vendaval y comenzar a subir faldas, derribar postes y desarmar tejados. Aún se recuerda el trueno tremendo que partió el valle con las primeras gotas, gruesas, frías, rabiosas. Cayó tal diluvio durante toda la noche que el cauce del arroyo creció hasta reventar, anegando campos, llevándose coches y ganado y derribando muros y viviendas; sumiendo al pueblo, en definitiva, en un nuevo caos de piedras y fango.

Pero esto no fue hasta el otoño y mientras se nos venía encima tal castigo por agua, aquel verano todavía seguimos soportando un sinfín de restricciones. Aunque aquello también tenía sus ventajas, como el librarse del baño cuando cortaban el agua sin aviso. Con este árido panorama, todos los días debíamos acarrear garrafones de agua desde el pueblo. Algo bien sencillo que no

siempre era posible a causa de una enfermedad, una especie de holgazanería congénita que padecíamos en la familia. Uno de sus síntomas era que nadie conseguía madrugar, mostrándose especialmente virulento y contagioso el mal en los meses de verano. Por su culpa nos veíamos a menudo sin agua, agitando los garrafones vacíos, con la boca reseca y los platos sin lavar justo bajo los tórridos rigores del mediodía.

- Venga Lena, vamos a dar un paseíto. -Me decían con engaños y mi frente se iba perlando de un fino sudor a sabiendas de lo que me esperaba.

Tugo desaparecía con sigilo en cuanto nos veía salir por la puerta esas horas inclementes y desde su escondrijo ignoraba nuestras silbidos y llamadas. El calor convertía la cuesta hasta la casa en una plancha candente por la que era imposible andar; pero el auténtico suplicio era meterse en el coche, que siempre esperaba a pleno sol, calcinándose en el lugar más inhóspito del barrio. Por supuesto habían olvidado colocar en el parabrisas el cartón con propaganda de la ferretería y era obvio que la gruesa capa de mugre que cubría el utilitario no bastaba como aislante. Yo, por mi escasa posición en el escalafón familiar, siempre acababa sentada detrás en aquel horno de chapa, donde no se abrían las ventanillas, a buen resguardo de cualquier soplo de aire. Sufría entonces una serie de sensaciones que iban desde el simple acaloramiento al casi desmayo, pasando por todos y cada uno de los grados que puede tener la asfixia.

A pesar de estos alicientes y de otros mucho peores, a despecho de la tierra quemada que nos rodeaba y del poco o ningún esparcimiento que esperábamos encontrar en el monte achicharrado, pasamos allí la mayor parte del aquel verano que estaba siendo horroroso y que había de serlo aún más. Los abuelos seguían en la ciudad, atendiendo sus asuntos de médicos, según habían dicho. Aunque yo creo que guardaban las distancias con el tal Roque, el nuevo novio de mi madre, que tampoco acababa de entusiasmarles. Y nosotras nos vimos obligadas a este retiro campestre tan poco apetecible por culpa de ciertas obras en nuestra casa que se estaban eternizando y que la habían convertido en una enferma crónica infectada de albañiles de nunca acabar. Las habitaciones llevaban semanas sufriendo azulejos levantados, escayolas revueltas, cañerías al aire y, lo que era mucho más grave, una sangría continua en los ahorros de mi madre. Aunque la culpa era sólo de los albañiles, porque cada vez que mi madre entraba en el vértigo de la depresión, en vez de conformarse con ir a la peluquería o derretir un poco la tarjeta de crédito en los grandes almacenes, como haría cualquiera, le daba por redecorar la casa. Esta vez no fue suficiente con meter muebles, alfombras o pintores, tuvo que embarcarse y embargarse con una reforma total. Y es así, por sus malas ocurrencias, aquella provisoria unidad familiar que formábamos ella, yo y el cansino del novio, acabó refugiada a la fuerza en la casa de campo de los abuelos.

Puestos a pasar el tiempo y con tan pocas alternativas, dedicamos los primeros días a limpiar los restos del desastre que empantanaban la casa. El patio, los alfeizares y hasta el tejado estaban invadidos de ramas que habían sido proyectadas por la violencia del incendio; había carbonilla de todos los calibres y una hojarasca de cenizas rebelde y móvil que parecía tener vida propia cada vez que se levantaba la brisa. Aun así, la casa y el jardín iban apareciendo milagrosamente intactos a medida que despejábamos los restos. Los muros, puertas y ventanas sólo sufrían una capa de hollín, nada que no tuviera remedio con agua, jabón y algo de pintura. Pero no iba a ser todo tan sencillo. Pronto nos dimos cuenta de que también nos había tocado nuestra ración de desgracia. En un rincón del jardín se alzaba majestuoso un castaño centenario, que ya debía de ser viejo en aquellos prados mucho antes de que se especulara con urbanizarlos. Siempre le conocimos como un gigante de sombra amable, tránsito de ardillas, cobijo de siestas

y víctima habitual de juegos infantiles. Supongo que, aunque se libró de las llamas directas, no pudo resistir los tremendos calores del incendio que le rodeó. Como en un otoño prematuro, las hojas se le estaban volviendo amarillas. En días sucesivos, fueron marchitándose una tras otra hasta que el árbol se vio pelado del todo y su triste silueta se unió al tétrico decorado que envolvía la casa.

- Este árbol está seco -dijo el novio de mi madre en un inusual ataque de perspicacia.

Al tal Roque, que aquel verano ejercía de amante y de padrastro, le faltó tiempo para avisar a la brigada forestal que trajinaba por la zona y convencerles a continuación para que cortaran el castaño. Este novio que aguantábamos por entonces era un tipejo de talla mediana y talante mediocre. Lucía un cráneo cuadrado y pelón, guarnecido por delante con unas gafas sucias y unos ojillos azulones que estaban la mayor parte del tiempo desorbitados en arrebatos. Lo recuerdo alto, muy alto, por lo menos el doble que yo, como todos los adultos que pueblan mi memoria de esos años. Quizá por este desnivel lo primero que vi nada más conocerle fue su barriga, abultada e insolente desde cualquier ángulo en que se le contemplara. Una barriga que colgaba como un objeto extraño en aquella complexión endeble de piernas flacas y hombros caídos y que parecía tener vida propia según se movía y retemblaba con ritmo diferente al resto del cuerpo. No sé, o mejor dicho, no sabía ni me imaginaba por aquel entonces qué podía haber visto mamá en un tan individuo tan desastroso y desagradable.

Aunque mis años eran pocos, ya sentía el valor de nuestro viejo castaño. Cuando aparecieron los operarios que venían a cortarlo, advertí a mi madre y a su patética pareja, de una forma clara y lúcida para alguien de siete años, que lo más razonable era esperar a que le brotaran las hojas de nuevo. No me hicieron ni caso y recurrí a otros argumentos más convincentes, como llorar, patalear y revolcarme con el vestido limpio por el suelo lleno de cenizas. Aunque en un primer momento se debieron quedar asombrados por el empeño que ponía en defender algo que no fuese el derecho a comer o a ver la tele que me viniera en gana, al final no me sirvió de nada. Entre lloros y berridos inútiles y aderezada con un par de pescozones, fui recluida en la cocina. Haciendo equilibrios sobre el fregadero pude atisbar a través los visillos la macabra ceremonia del abatimiento y desguace, la reducción a rodajas y tarugos de aquel viejo amigo que era el castaño. Tarea que, por otra parte, no resultó ser nada breve, y mucho menos, sencilla.

Primero trajeron una espantosa excavadora de ruedas enormes que apenas entraba por los portones. Parecía un dragón amarillo y bobo, con un brazo largo y articulado del que pendía un cucharón con dientes metálicos. Con sus torpes maniobras fue marcando por todo el jardín cicatrices indelebles. Media docena de peones, la mayoría avanzados expertos en aquella industria, voceaban valiosas instrucciones; pero entre todos no conseguían situar el artefacto. El sudoroso maquinista, en las pausas de los arrebatos del monstruo, intentaba fijar las ideas con un palillo gastado que iba y venía por los diversos entrantes y salientes de su calva cabezota. Al pobre se le veía cada vez más nervioso, según aumentaban los destrozos en el patio, sin saber a quién atender ni por dónde continuar. Tras sucesivas e infructuosas embestidas sólo consiguió torcer un poco el tronco del viejo castaño. Lo que sí se hizo con admirable precisión fue arrancar la línea del teléfono, que cayó con un tañido de bordón. Era obvio que el sistema del topetazo no funcionaba. Tras un arduo debate a gritos se decidió cambiar de táctica. Trajeron la motosierra. La hundieron en la madera indefensa, abriéndola a dentelladas metálicas, salvajes y voraces que destrozaron sin piedad el tronco centenario. El olor de la savia se mezclaba con los vapores de la gasolina, llenando el patio con una nube densa y asfixiante. Después de una eternidad

insuportable cesó el bramido de la motosierra. Hubo un crujir agónico de la madera y cuando por fin cayó el árbol tembló la casa y bajo mis pies tintinearón los cacharros sucios del fregadero.

Desde que podía recordar en mis escasos años, el castaño siempre había estado allí. A la hora de la siesta, cuando todos dormitan entre el frescor de los muros, sólo el zumbido de alguna mosca cansina rasga el silencio de la casa. Confinada en la oscuridad de mi cuarto me resisto al sopor de la sobremesa. Nunca consiguen que duerma a esta hora. No me resigno a perder el tiempo pudiendo hacer tantas cosas. La luz que se dibuja en la rendija de las contraventanas entornadas me deslumbra. Un relámpago verde la atraviesa. Es el viejo árbol que mece perezoso sus ramas. Me deslizo de la cama y de la habitación, salgo de puntillas al patio y enseguida el castaño me resguarda del aire resplandeciente. Sus hojas, sus ramas, son un laberinto encantado, cambiante, que nunca termino de explorar. A lomos del columpio huraño que sostiene cabalgo en equilibrio milagroso, vuelo hasta tocar las nubes con la punta de los pies.

Allí mismo, como en un ritual anterior al agua corriente, la abuela deja al sol durante todo el día un viejo barreño de cinc lleno hasta el borde. Al llegar la tarde, hermanos y primos nos juntamos cerca del castaño, bajo la fronda protectora donde aún caen, oblicuos y amortiguados, los últimos rayos de sol. No hay que insistir para que saltemos a la pequeña piscina. En el agua tibia se monta una algarabía de cuerpecillos escurridizos y relucientes que entre gritos y salpicaduras se resisten a la esponja, escapan del jabón. Después llega el abrazo blando de las toallas, que siempre rascaban la cara, los ojos, detrás de la oreja... Todavía queda un estanque de agua turbia donde a hurtadillas se puede botar algún barco improvisado o dar tormento a cualquier bichejo imprudente que se cruce en nuestro camino.

Cuántas veces me buscaron angustiados después del atardecer, mientras yo dormitaba colgando a varios metros del suelo, subida a horcajadas en algún rincón de la copa descomunal del castaño. No sentía los raspones y arañazos de la áspera corteza; lo único importante es que había conquistado la montaña de hojas, el laberinto de ramas. En la oscuridad, sobre el viejo tronco agrietado, escuchaba como me llamaban y paladeaba mi triunfo de exploradora apretada contra la rama más gruesa, sin tener ni idea de cómo bajar.

En otoño el patio rebosaba de esas bolas con pinchos que guardan con tanto celo las riquísimas castañas. Siempre me pinchaba los dedos y tenía que esperar a que viniera la abuela para abrirlas. Me chiflan las castañas, aunque entonces sufría horrores porque era incapaz de romper con mis dientecillos esa cáscara tan escurridiza. Por la noche me quedaba como ida con el chisporroteo cuando asábamos las castañas en las brasas de la chimenea y luego ese olor, que nos embriagaba cuando empezaban a crepitar en la sartén.

Aparte de estos tesoros infantiles, había otro detalle fascinante en el castaño. Era mi secreto, algo que descubrí años atrás. Mientras mamá recogía la cocina después de la cena, yo salía a la oscuridad del patio a degustar última golosina bajo el impresionante cielo estrellado. En el silencio de la noche, sólo roto por un grillo o algún perro a lo lejos, agotada por los trajines del día, buscaba el apoyo del viejo castaño. Cuando acercaba mi cabeza al tronco, podía oírle. Desde su interior llegaban los murmullos, susurros lentos, contenidos, insistentes. Pensaba que podía ser el rumor de su respiración o el eco de sus raíces que buscaban la humedad removiendo las profundidades de la tierra. O puede que me estuviera hablando en su idioma desconocido. Pero después de escucharlos varias veces llegue a la conclusión de que a lo que más se parecían aquellos sonidos era a algo mucho más inquietante y asqueroso. Me recordaban a alguien comiendo, alguien muy maleducado que hacía mucho ruido masticando de forma exagerada. Cosa que, por otra parte, yo tenía prohibida bajo pena de un capón inmediato. Aunque este ruido

era diferente, mucho más lento, más espaciado, apenas un imperceptible runrún que subía desde las entrañas de la tierra, pero tan claro y desagradable que era imposible ignorarlo.

En los días que descubrí aquello y en mi ingenuidad, quise compartir el misterio que guardaba el viejo castaño. Conté alborozada mi gran hallazgo a mi madre, a mis tíos y a mis abuelos, que eran los que estaban allí. No me hicieron ni caso. Sólo conseguí arrastrar al abuelo hasta el árbol. Pero aquella noche el hombre debía de tener flojas las pilas del audífono y a pesar de su buena voluntad, fue incapaz de oír nada. Cuando noches más tarde convencí a mi madre para que fuera a escucharlo, tampoco se enteró de nada. Y es que aún desconocíamos la infinita sensibilidad de mi oído, muy superior a la normal. Pasarían años hasta que yo fuera consciente de esta virtud y descubriera su relación con los extraños y tremendos sucesos que sucedieron el año en que se quemó el valle, después de que cortaran el castaño. En los veranos anteriores nadie hizo caso de mis fantasías sobre los espíritus vegetales que habitaban las entrañas del árbol, quedando los ruidos misteriosos como un juego más del que yo practicaba en soledad.

DOS

Los de la cuadrilla cargaban las herramientas en su camión cochambroso, retraídos, mohínos y avergonzados por los destrozos que habían hecho. Para compensar también dejaban una pila de leña suficiente para varios inviernos, amontonada con esmero sobre las hortensias de la abuela. Me abrí paso entre los restos de ramas y astillas hasta lo que quedaba de mi castaño. En medio de una alfombra de hojarasca y astillas que crujían al pisar se levantaba un tocón plano y ancho, casi a ras del suelo, una especie de mesa camilla de la que salían gruesas raíces cayendo a modo de faldones.

Enseguida algo llamó mi atención. La curiosidad amortiguó el enfado cuando descubrí aquel hueco en el tronco. Un agujero se abría en el centro del corte en la madera, no mucho mayor que mi mano, negro y profundo. Cogí una rama larga e inicié la exploración. La brecha parecía agrandarse hacia dentro, por más que lo intenté, no conseguí tocar el fondo. Necesitaba una herramienta mayor. En el garaje encontré un palo de fregona que hundí por completo en el agujero. Tampoco ahora llegue al final del boquete ni siquiera metiendo el brazo hasta el hombro y lo peor fue que el palo resbaló de mis dedos tiznados, perdiéndose en aquel pozo sin final.

Al mismo tiempo, un pescozón estalló en mi cogote, acompañado de una ráfaga de recriminaciones por la indecorosa mezcla del serrín, las cenizas y mis ropas. Roque, mi padrastror veraniego me cogió del brazo, zarandeándome hasta la casa y exponiéndome sus opiniones sobre éste y otros temas de su interés. Yo sólo podía dirigirle mi mirada más ceñuda, que se cruzaba con la suya, que echaba chispas a través de los cristales cuajados de dioptrías y motas de polvo.

Era un hombre con la mano muy suelta, diría yo que bastante autónoma, casi independiente en lo que se refería a mí. Después de algunos meses con nosotras se creía autorizado a reprenderme por todo. Qué comer, cuándo jugar, la hora de acostarse, cualquier norma de conducta presuntamente infringida o no, por si acaso; todo era una buena excusa para ejercitar su tiranía. Su concepción tan peculiar como absurda de la vida me llegaba en continuas dosis, sazónada con empujones, cachetes y otras suculecias. Yo no me amedrentaba, me encaraba con él y cuando montábamos el espectáculo, mi madre callaba y le dejaba hacer. Agotada tras una vida de sucesivos fracasos de todo tipo, ya no tenía fuerzas para enfrentarse a nada. Incapaz de manejarlo, mi madre delegaba en aquel energúmeno que la había sometido en tan poco tiempo, convirtiéndose en el único amo de las noches y los días que compartíamos. Por si fuera poco, aquel individuo tenía un carácter tempestuoso que no hacía más que destilar mala leche a su alrededor. Aunque también es cierto que, si conmigo era un tirano, con mi madre se amansaba de inmediato y sacaba a relucir su cara más empalagosa. Llevaban tan poco juntos que aún tenían intacta la llama de la pasión; solían acaramelarse a menudo y él la tomaba por la cintura, colmándola de besos, carantoñas y otras zalamerías que a mí me sacaban de quicio y tras sufrir un rato en silencio con la mirada torva, me obligaban a dar una patada a una puerta o a romper un vaso para interrumpir los arrumacos.

Todavía hoy sufro las secuelas de aquella mala experiencia. Algunos de mis sucesivos amantes han terminado por echarme en cara que soy una mujer fría y distante. Y no les falta razón. Hasta evito en lo posible el contacto físico, que llega a irritarme si no lo busco yo. No me gusta nada que me agarren, que me toquen o que tonteen conmigo. Hasta el más mínimo roce me molesta. Lo que para los demás son inocentes juegos, para mí se convierten en martirios insufribles. Siempre soy yo quien decide cuándo y cómo se juega. Eso no todos están dispuestos a entenderlo. Un antiguo novio despechado me llegó a comparar con una muñeca de porcelana: tan bonita como fría, tan delicada como dura. Por lo visto el chico era algo poeta. Aunque eso, a la larga, tampoco le sirvió de mucho.

-No sé para qué quieres tantos juguetes si luego te entretienes con cualquier guarrería - Roque continuaba desgranando el sermón mientras yo torcía el gesto con los labios apretados.

Con un portazo me dejó a solas en el salón. Alcancé resignada el baúl de mimbre y comencé, abúlica, el ritual del juego en solitario. En momentos así sentía lo dura que puede llegar a ser la vida de un niño. Nada más levantar la tapa noté el agobio de estar ante cientos de absurdos cacharrillos, procedentes de la mezcolanza anárquica de innumerables juguetes desmantelados. Estaban presentes todos los materiales posibles: madera, aluminio, goma, trapo, plásticos, cristal, y hasta loza. Configuraban la versión a escala de un universo para niños concebido por adultos. O sea, el caos total. Sólo había que revolver un poco para que salieran muñequitos, tazas, platos, peines, cucharas, caballos, fichas, almenas, ruedas, pinceles, puñales, biberones, inyecciones, espejos, piezas de construcción, sillas, batidoras simuladas, collares, pingüinos y un montón de elementos de gremio anónimo que habían pasado sin transición del embalaje a la inutilidad y el olvido. La mayoría de las veces jugaba a sacar gran parte de aquella miscelánea fuera de la caja. Era un trabajo agotador que se complicaba eternamente si pretendía seguir cualquier criterio lógico o clasificación. Después de horas de esfuerzo, cuando tenía desparramadas a mi alrededor las piezas de los juguetes más o menos en la forma conveniente, estaba demasiado cansada y aburrida como para seguir jugando, o se había hecho muy tarde y era el momento de recoger.

Así se perdía la mayor parte de mi tiempo de juego, enfrascada en un inventario que nunca acababa y que día tras día volvía a comenzar. Era como una Penélope del juguete, empeñada en desplegar y recoger una y otra vez toda aquella maraña de pequeños trastos. Tenía tantos juguetes que me ahogaba en ellos y dudo mucho que alguna vez alcanzara el fin para el que habían sido puestos en mis manos.

Cuando llegó la hora de la merienda aún estaba sumergida en el mare mágnam del baúl de los juguetes. Mi madre me dio un bocadillo de pan crujiente, tan ancho, que se me desbarataba en las manos. Vi con satisfacción que era de esa mortadela con rodajitas de aceitunas, mi favorita. Roque anunció a voces que bajaba a la tienda del pueblo a por no sé qué tontería, dispuesto a dejarse engañar una vez más por el tendero sin escrúpulos, auténtica versión moderna y de secano del viejo oficio de la piratería.

Mamá subió a planchar al piso de arriba y, como si se hubiese abierto un semáforo, vi que ni pintada la ocasión de aprovechar la ausencia de ambos para hacer algo que hacía mucho perseguía. El tal Roque, entre otras cualidades, también era muy aficionado a las cosas inútiles. Había traído desde la ciudad un viejo álbum de cromos, envuelto en precauciones y miramientos como si fuera una reliquia, y no paraba de repetir que lo completo, impecable y carísimo que era. Se trataba de un álbum de Blancanieves, databa de los años cuarenta y desde el principio me advirtió que ni respirase cerca de él y mucho menos me atreviera a tocarlo. Aquello bastó para

que toda mi obsesión fuera hacerme con el álbum y sus cromos, pensando que, antiguo o no, siendo los álbumes algo que se creaba expresamente para los niños, yo tenía más derecho que nadie a disfrutar de él.

Con una banqueta alcancé la puerta del armario donde se guardaba aquel objeto precioso. Acomodada en lo más blando del sofá y después de desarmar el bocado, comencé a hojear el álbum. Con cada hoja alternaba mordisquitos de fiambre y pellizcos de pan. Migas suicidas se dejaban atrapar en unión de las páginas con un breve crujido. Sostenía una rodaja de mortadela con la misma mano que pasaba las hojas, ayudándome a veces de ella para deslizarlas. Con el otro índice, también engrasado, seguía el texto al pie de las estampas, imprimiendo círculos traslúcidos. Reconocía los enanitos y demás personajes de los dibujos, que me parecían un tanto sosos, incluso faltos de color, no sé si por el paso de los años o a causa de unas técnicas de estampación bastante arcaicas. No me explicaba a qué venían tantas precauciones con aquellos muñecos borrosos de colorines deslavazados y ya tanteaba la posibilidad de iluminarlos con mis rotuladores cuando mamá gritó desde arriba:

- ¡Lena! ¡Súbeme la caja de los hilos!

Lo normal hubiera sido hacerme la sorda y remolonear al máximo. Pero entonces mi madre bajaría y adiós a mis lecturas secretas.

- ¡Ya voy mamá! -respondí sumisa.

Dejé marcada una página con un trozo de mortadela y cerré el álbum. A mitad de la escalera oí el ronroneo del coche. De un salto llegué a tiempo de guardar en su escondrijo el cuerpo del delito, pero no me acordé de quitar el fiambre. Con las prisas por escapar de allí dejé caer la caja de la costura, que con estruendo metálico fue regando la escalera de agujas, hilos y botones de todos los tamaños.

Al atardecer continué con mis investigaciones alrededor del castaño. Conseguí burlar la vigilancia y me deslicé hasta el tocón. A modo de sonda fui arrojando al agujero que había en él la colección de canicas de mi hermano, que estaba en una colonia veraniega. Podía escucharlas rebotar y perderse en los recovecos interiores del árbol y como se alejaban con alegre repiqueteo hasta hacerse imperceptibles a mi oído exquisito. Continuaba con la cabeza apoyada en la madera cuando se hubo desvanecido el último eco. Aquello no tenía fondo. Mi imaginación comenzó a fluir, a desbordarse por esa pequeña entrada a oscuros laberintos, a mundos subterráneos y secretos jamás vistos por persona alguna.

Como último intento, llené un cubo de agua hasta la mitad en la pila. A duras penas pude arrastrarlo hasta el árbol, golpeándome y salpicándome las piernas. Lo derramé lentamente en el agujero, no sé si a modo de riego desesperado o simplemente por trastear con el agua, otra de mis grandes pasiones. Ausculté de nuevo abrazada a la madera. Por un instante creí sentir la masticación pausada, suave y profunda. Un escalofrío me hizo saltar atrás. Después de un momento de incertidumbre conseguí dominar el temblor que me había entrado y volví a pegar la oreja al tronco. Entonces sí noté con claridad el murmullo, la creciente efervescencia de muchos rumores ascendiendo. Algo se movía allí dentro, en las profundidades, y me hablaba, susurrando frases incomprensibles, con un balbuceo monótono y familiar. Y sólo pude pensar que estaba vivo. A pesar del incendio, de haber sido cortado sin miramientos y destrozado de forma salvaje en miles de pedazos, el castaño seguía vivo y comenzaba a despertar.

Esa noche tardé en dormirme. No ayudaba mucho a conciliar el sueño el traqueteo de la cama en el cuarto de al lado, ni los jadeos malamente reprimidos que de allí venían. Aquellos

murmullos a deshora seguían siendo un misterio para mí, aunque se habían convertido en algo habitual, repetidos una y otra vez cada una de las noches. No aclararon nada las consultas a mi madre, que se desentendía del asunto visiblemente enrojecida, ni tampoco los muchos ratos que pasé con la oreja pegada al tabique, esforzándome inútilmente por desentrañar el significado de unos ruidos que oía con toda nitidez y que era incapaz de descifrar.

Pero esa noche mis preocupaciones eran otras. Entretuve mi vigilia cavilando sobre los nuevos enigmas que se escondían bajo el castaño. Mientras repasaba con un pie la pared fresca y rugosa, intentaba imaginar adónde conducía aquel pozo inmenso, qué raro espíritu, qué duendes o qué seres correteaban por los laberintos excavados en la roca y si serían amigables o por el contrario, vendrían con malas intenciones.

Desperté rodeada de oscuridad. Tenía sed y al mover la lengua dentro de la boca sentía una textura pastosa. Me deslicé en silencio fuera de la cama. A tientas y tras una eternidad, alcancé el baño. La luz me hirió los ojos. Llené el vaso de plástico que había en el lavabo, pero el agua me supo mal. Notaba un dolorcillo molesto en los dientes que parecían recubiertos de una pátina áspera, desagradable. Se me hacía asqueroso el tener la boca tan sucia.

Entonces hice algo que hubiera dejado boquiabierto a mi madre y a cualquiera que me conociese: decidí lavarme los dientes sin ninguna clase de presión ni de amenaza. Con una porción excesiva de pasta comencé a cepillarme, arriba y abajo, insistiendo en el hueco de uno de mis dientes de leche desaparecidos. A la vez que llenaba el espejo de salpicaduras, el sabor mentolado y la suave fricción en los dientes y en las encías me iban aliviando poco a poco. Solté una bocanada de agua espumosa que estalló en el lavabo. De entre el chisporroteo de la espuma surgieron un montón de puntos oscuros. Pensaba que eran restos del montón de pistachos que me había zampado aquella tarde, cuando de reojo me pareció ver que las motitas se movían. Y las motitas se movieron. Primero despacio, luego más deprisa, nerviosas, zigzagueantes y negras en el blanco del lavabo. Agaché la cabeza para verlas mejor. Vi que eran bichos, pequeños insectos de muchas patas correteando por el esmalte. Me llevé la mano a la boca, apretando los labios al tiempo que veía mi cara desencajada en el espejo. Quise gritar, pero no me salió voz y fue como si desde mi boca se derramara un tarro de café molido. Por la boca, por los agujeros de mi nariz, surgían a borbotones centenares, miles de pequeños bichos en ebullición, un torrente negro que se vertía sobre mi pecho, desbordaba el lavabo, el suelo y comenzaba a subir por la pared.

Desperté jadeando, bañada en sudor. El corazón me golpeaba en el pecho haciéndolo vibrar como un tamborcillo mal ajustado. Tardé unos instantes en darme cuenta de que estaba en mi cama y de que no había nada en mi cara ni en mis brazos ni trepando por las paredes. Aspiré con fuerza, palpándome la cara para asegurarme de que seguía limpia. Fuera silbaba el viento, enloquecido a través del bosque muerto. El resplandor que se filtraba por la ventana marcaba escondrijos azules y negros por toda la habitación. Por un momento me acordé del enjambre de bichos en ebullición e imaginé cómo fluían de las turbias sombras que anidaban en las paredes. Sentí tal escalofrío, tanto miedo que no lo pude resistir y di un salto desde el lío de sábanas en que estaba tendida. A saltos, tropezando, entré con un portazo en la habitación de mi madre y su novio.

- ¡Mamá, mamá, socorro! -grité con todas mis fuerzas.

- ¿Qué... qué pasa? -dijeron uno u otro.

Mi madre encendió su lámpara. La cara de Roque en esos momentos, con el pelo revuelto, apenas abiertos los ojillos, era casi tan espantosa como la pesadilla que acababa de sufrir.

- Hay bichos, muchos bichos por todas partes.

- ¿Bichos? ¿Dónde hay bichos?
- Están en el baño, son muchísimos, están llenándolo todo.
- Bueno, tranquila. Vamos a ver.

Mamá se levantó con la cara hinchada y el pelo desordenado. El novio se dio la vuelta mascullando algo incomprensible.

- Ves como no hay nada, tonta. Seguro que ha sido un mal sueño -dijo mi madre señalando la cama revuelta.

- Pero yo tengo mucho miedo. Quiero dormir contigo.
- No digas tonterías, que ya eres muy mayor.
- Sólo esta noche, por favor.
- ¿Te quieres acostar y dejarte de tonterías? ¿O quieres que te caliente?

Por un momento pensé que me ofrecían una taza de esa bebida tan insípida que le gusta a la abuela, pero nada más lejos de la realidad. Sólo eran las amenazas que Roque ladraba desde el dormitorio grande.

- Venga Lena, a dormir que es muy tarde -mi madre empezaba a ponerse nerviosa.

Después de acostarme, me tapó con la sábana sin más contemplaciones, dejándome otra vez sumida en la oscuridad, a solas con mis temores y con la desagradable certeza de que habían vuelto a ignorarme. Pasaban sin prisa los minutos, por suerte no volvieron a aparecer los bichos, por lo menos mientras tenía los ojos abiertos. Aquella mezcla de miedo, calor y resentimiento se diluía y se dejaba arrastrar suavemente, como los dibujos en la arena de la playa, barrida poco a poco por las oleadas de sopor que fluían desde mis miembros cansados, hartos ya de presentar batalla.

TRES

Por la mañana, el viento se estancó en una tregua momentánea, dejando el aire saturado de un olor acre y de una fina capa negruzca que cubría el suelo. Tenían las cosas un aspecto triste, desastroso, como de navidad inversa y sucia. El perro, excitado por tantas novedades, zascandileaba nervioso de un lado para otro, levantando torbellinos de sucios de ceniza.

Salí al patio en pijama, arrastrando los pies como dos pequeñas locomotoras que abrían surcos en aquella nieve negra. Saltaba y caía zapateando por el gusto de levantar nubes que después disolvía girando como una peonza enloquecida. Viéndome ya toda tiznada, sentí una punzada en el estómago y recordé que aún no había desayunado. Antes de entrar en la cocina me fijé en el cubo de la basura que había en el patio. Estaba volcado y la enorme bolsa con falso olor a canela que mi madre cerró con esmero por la noche se repartía despanzurrada en un amplio radio, como si alguien la hubiera saqueado los desperdicios para encontrar alguna joya perdida o algún bocado exquisito sin aprovechar. Un líquido inmundo había cristalizado entre los residuos y resplandecía en el suelo como tiras de un papel de plata empercudido. Con los primeros calores de la mañana ya se notaba un olorcillo penetrante que ascendía desde aquel triste bodegón.

Cuando mamá salió al patio se quedó pasmada, llevándose repetidamente las manos de la boca a la cabeza. Contenía la respiración y palidecía por momentos, boqueando sin conseguir articular palabra. Miraba una y otra vez el suelo cubierto de cenizas, la basura despanzurrada y mi pijama recién puesto y vuelto de un color irreconocible.

Tugo seguía con su trotecillo exaltado, como un muñeco de cuerda sin control. De repente se paraba para olfatear y soltaba de lejos un rebufo hacia los restos de la basura, como si los odiase a muerte, pero manteniendo una distancia prudente. Gruñía en un tono tan afligido y lastimero como no le habíamos oído nunca. Lo cual nos extrañó mucho, porque le teníamos por un perro de lo más valiente. Si es que se puede llamar valor a meter el hocico donde no debía o a la inconsciencia a la hora de retar a los demás perros del vecindario, aún a sabiendas de que siempre saldría malparado. Eso sí, todas sus locuras las perpetraba en la calle, porque dentro de casa se mostraba fiel, cariñoso y hasta cierto punto, obediente.

Quizá fueran figuraciones mías, pero pronto me pareció que sus afanes se dirigían hacia el tocón del castaño, como si allí estuviera el origen de todos sus temores. Pensé que se comportaba de una manera tan rara por una versión canina de los remordimientos o quizá por el desasosiego que le provocaba el inminente castigo. Todos los indicios le señalaban como único sospechoso. ¿Quién más podría haber entrado en el patio y perpetrar el salvaje ataque al cubo de la basura delante de los hocicos del mismo Tugo? No acertaba a explicarme qué cable se había cruzado en su perruna cabeza para llevarle a cometer tal majadería, siendo como era un perro tan mayor y estando como estaba tan bien abastecido de cuidados y alimentos.

De nada le sirvieron los sollozos y zalamerías que intentó cuando Roque le agarró por el collar.

- Este perro está tonto -dijo.

Y le encadenó sin más a la caseta, donde a buen seguro que permanecería hasta que su trastada cayese en el olvido. Mientras mi madre tiraba de mí hacia la casa para cambiarme de ropa, vi como Tugo se encogía con perruna resignación, mirando con ojos de borrego y una oreja tiesa, sin comprender del todo, oliéndose que algo no iba bien. Estuvo atado el día entero y la noche siguiente. Revolvía inquieto la cadena con gañidos quejumbrosos. A veces se enrabietaba ladrando al árbol y luego hacia la casa, como desesperado por decirnos algo que éramos incapaces de comprender.

Como tampoco entendíamos que había pasado con el agua. En un rincón del patio había tres cubos llenos de agua como reserva de emergencia en aquellos días de restricciones. Los cubos seguían en su sitio, en pie, pero vacíos del todo y sin un mal charco alrededor, como si nadie los hubiese tocado. Una buena cantidad de litros se habían evaporado en una noche sin ninguna explicación. A menos que alguien o algo se los hubiera bebido con muchísimo cuidado. Visto que no podía recurrir a los cubos, Roque se empeñó en despejar el patio a golpe de manguera, ignorando las prohibiciones sobre riegos que intentaban limitar el despilfarro de las aguas municipales. De vuelta al patio y vestida con una muda limpia, disfruté de lo lindo contemplando los chorros que barrían con fuerza el suelo de un extremo al otro, arrastrando cenizas e inmundicias en un oleaje turbio que desembocaba en la calle. Cuando el amigo Roque terminó de trasladar el problema de nuestro patio a la acera de la comunidad, cerró el grifo y terminó de golpe con la marea negra. La alegría de los sucios reguerillos pronto se estancó en un barro oscuro. El fango aún duró lo suficiente como para que me surtiera a escondidas de unas gachas negruzcas que me iban a venir de maravilla para mi siguiente invención. Ni que decir tiene que ésta era una forma de suministro mucho más cómoda que sacar la tierra de las macetas de la abuela y amasarla luego a escondidas. Añadí las virutas coloreadas de un par de lapiceros desmenuzados con el sacapuntas y la mezcla resultó una papilla bastante viscosa y muy vistosa que fue del agrado de mis muñecos. Por desgracia, no pensó lo mismo mi madre cuando vio los pegotes y salpicaduras de ese ingenioso menú en la alfombra, los juguetes y la ropa limpia que me había vuelto a poner.

Al atardecer se levantó una fuerte ventisca. Como una cortina de encaje manchado y roto, jirones de cenizas enloquecidas oscurecían el aire, cubriéndolo todo, penetrando en cada rincón. Aunque el calor era sofocante, Roque cerró la casa otra vez a cal y canto. Parece que prefería que nos ahogáramos en nuestro propio sudor a que dejar el valioso mobiliario de segunda mano expuesto al hollín.

Desvelada por completo, pasé la noche en un estado febril. Hacía mucho que habían cesado los traqueteos y gemidos indescifrables en el dormitorio de al lado. Tugo seguía gimiendo quedo en su prisión de la caseta. Estirando un poco los pies notaba la frescura del metal de la cama. Las tibias sombras que me envolvían se desfiguraban caprichosas frente a mis ojos que se resistían a cerrarse. Si forzaba la vista un poco podía verlas bullir y centellear igual que millones de estrellas en una galaxia lejana y cinematográfica. Hasta mí llegaban amortiguadas las ráfagas del viento hurgando en la tierra vencida, el crepitar de los árboles secos, los ladridos quejosos de Tugo...

Me desperté de repente enredada entre las sábanas. Aún medio dormida, sentí un chasquido monótono, repetido. Hasta pasados unos momentos no pude localizar el origen de un sonido tan inquietante. La persiana de tablillas se había desatado y bailoteaba con golpes arrítmicos entrecortando la claridad de la luna. Seguía sin despertar del todo, incapaz de moverme de la

cama, pero si quería volver a dormir, no tenía más remedio que levantarme para acabar con tan molesta serenata. Después de trastabillar un poco, con los ojos casi pegados, até la cuerda de la persiana como pude y volví a cerrar la ventana.

Al otro lado del cristal había una luna enorme. El perro había callado. Pude verlo tendido junto a la caseta, en una claridad azulada sobre la que corrían torbellinos de ceniza. Tenía un aspecto extraño; parecía un muñeco al que acabaran de arrojar desde la azotea y que cada parte de su cuerpo se hubiera torcido de forma distinta al chocar contra el suelo. Me pareció raro, pero lo único que pensé en ese momento es que de seguir así se levantaría por la mañana con un buen dolor de cuello y de espalda, como decía la abuela que le pasaba cuando dormía en una mala postura.

Mientras discurría en estas cavilaciones, otro sonido llegó hasta mí a través de la ventana. Muy cerca, desde el otro lado del muro, venía un rumor húmedo, como el eco de muchas bocas chasqueando sus lenguas con un sonido sordo, calmado, un susurro inquietante que ascendía por la pared sin prisa, sin detenerse. Aún tuve el valor de asomarme un poco más, pegando la nariz al cristal, pero no vi nada. Tan sólo noté que el murmullo aumentaba y parecía más cercano. Tiritando de miedo volví a la cama de un salto. Me cubrí la cabeza con la sábana, cerrando con fuerza los ojos y los puños que no dejaban de temblar. No sabía cómo habría llegado hasta mi ventana, pero estaba segura de aquel sonido acuoso, obsesivo y amenazador era el mismo que brotaba del centro del tocón del viejo castaño.

Amaneció sin más otro día sereno y despejado. Cuando abrí los ojos, la luz tibia de la mañana inundaba la habitación. Busqué sin prisa las zapatillas y me dirigí hacia el sonido de la conversación y de los platos que mi madre fregaba en la cocina. Las rutinas de la casa me devolvieron a la tranquilidad del mundo real. Mientras desayunaba sola en la mesa del salón, con mi leche chocolateada y los dibujos de la tele, recordaba la última noche y cada vez me parecía más una larga y absurda pesadilla. Ahogaba las magdalenas con tal ímpetu que la mitad del contenido del tazón empapaba el mantel. A la luz del día, mi valor aumentaba de forma tan considerable que todos aquellos asuntos de espectros nocturnos no me parecían más que tonterías. Aun así, tales acontecimientos me habían dejado un resquemor, un poso de dudas que me recorría con un escalofrío cuando recordaba aquel sonido indescifrable que crecía y me rodeaba en mitad de la noche.

Al cruzar por delante del baño entreabierto vi a Roque con la cara llena de jabón. Ya entonces me fascinaba el ritual del afeitado. El sonido sutil, intermitente, del filo de la hoja sobre la piel, abriendo el campo de espuma, a punto de herir, siempre contenido. Con gestos precisos iba recorriendo los ángulos de la cara que emergían milagrosamente intactos, frescos, renovados... Me quedé suspensa contemplando como Roque se afeitaba, hasta que me cerró la puerta de golpe. Ver como se afeitaba era de las pocas cosas que me gustaban de él, pero lo mejor venía después. Quedaba el lavabo a menudo sin recoger y tan salpicado de pelos y espumas que mi madre se ponía histérica en cuanto pasaba por el baño. Después soltaba una bronca tan descomunal al pobre Roque que no tenía más remedio que agachar la cabeza y limpiarlo todo lo más deprisa que podía, mientras yo me regocijaba con el espectáculo a una distancia prudencial.

Pronto me di cuenta de que el perro no estaba. No le encontré en ningún rincón del patio, había desaparecido, a pesar del muro, de la cancela cerrada y de estar atado con la cadena. Le

buscamos por todas partes, con silbidos y llamadas cariñosas, ofreciendo chucherías y falsas recompensas. Nada. Ni rastro. Era como si se le hubiera tragado la tierra. Tampoco le encontramos en la calle ni por los alrededores. Ningún vecino le había visto desde el día anterior. Mi madre dijo que tal vez había huido por haberle atado. Pero a mí no me parecía algo propio de él, ya que siempre fue un perro sumiso capaz de soportar ese y peores castigos.

Mariano, el jubilado perenne de la urbanización, husmeaba por nuestra puerta enfundado en su chándal, inseparable segunda piel.

- Creo que ya se lo que ha pasado –dijo en cuanto le pusimos al tanto de los hechos. Y haciendo gala una vez más de una ilimitada perspicacia, aportó una sorprendente hipótesis para esclarecer el misterio.

Según nos contó Mariano, había visto no hacía mucho, a la hora de la siesta, cierto documental televisivo. Allí se explicaba, acompañado de impresionantes imágenes, cómo los incendios asolaban las praderas africanas y todas las cabras, búfalos, leones y demás cuadrúpedos huían despavoridos en tremendas estampidas que arrasaban todo a su paso. Los pocos que sobrevivían al desastre acababan emigrando por no poder procurarse alimento en las estepas calcinadas. Suponía el buen hombre que nuestro Tugo, viéndolo todo tan negro y achicharrado, había seguido el dictado de recónditos mecanismos del instinto, heredados de los antepasados y muy similares a los de sus parientes africanos. Y así, temiendo por el sustento en estas tierras ahora yermas, se había marchado en busca de horizontes más prometedores.

Mi madre y Roque agradecieron estupefactos una teoría tan esclarecedora y nos despedimos a toda prisa cuando, sin mediar descanso alguno y sin que nadie lo hubiera pedido, don Mariano comenzaba otra interesante conferencia sobre la genética de los osos polares.

- Te digo que ese chucho no está bien de la cabeza -sentenció Roque cuando cerró la puerta de la calle.

Yo, sin llegar tan lejos, pensé su desaparición era cosa de perros, locuras caninas, que no tardaría en volver y no le di mayor importancia a la fuga. Ni siquiera al día siguiente encontré su collar detrás de su caseta. Apareció entre la hojarasca requemada, sobre un fragmento de suelo pringoso salpicado de manchas como de plata sucia, revuelto con un montón de pelos. El collar estaba destrozado, medio deshecho, había perdido casi todos los adornos de metal y la chapa con el nombre, pero aun así reconocimos aquel pedazo de cuero como el que llevaba nuestro Tugo desde que era poco más que un cachorro.

Poco antes de comer, mi madre y su maravilloso novio seguían con sus ocupaciones, consistentes sobre todo en discutir por cualquier simpleza. Olvidada una vez más y agobiada por el bochorno del mediodía, me refugié en mi habitación. Fui rodeándome de cacharritos y muñecos en formación que tomaban sin rechistar su comida imaginaria. Entre cucharada y cucharada dirigía vistazos furtivos hacia la ventana. Justo enfrente yacían los lamentables restos de mi castaño.

El problema ahora era que el niño Pepón no me comía nada.

El niño Pepón era un rebelde. Y además tenía una pinta desastrosa con esos pelos. Un revoltijo de rizos amarillentos le envolvía la cabeza como un matorral ajado. Dejé el almuerzo y busqué un peine al que le faltaban varios dientes. Se atascaba a medio camino entre la maraña de greñas; por mucho que insistía no había forma de desenredar aquel embrollo, así nunca conseguiría peinarle.

Decidida a remozar al desastrado Pepón, cogí las tijeras del canasto de la costura y sin

pensármelo dos veces comencé a cortar.

Tris, tras, caían las matas de pelo.

Tris, tras, abría y cerraba las mandíbulas de metal.

Tris, tras, casi me llevo un dedo.

Tracé con esmero un curioso ajedrezado de calvas y moños sobre la cabecita de caucho. No conseguía igualar el corte y fui reduciendo más y más el volumen de la peluca hasta que quedó reducida a una hirsuta pelusilla que más que cabello parecía barba de pocos días. Al acabar, contemplé la obra con orgullo de artista y me sacudí los mechones sintéticos que empezaban a picarme entre la blusa.

Ahora eran los otros muñecos los que se molestaban, reñían y no se estaban quietos. Eran unos chicos pero que muy desobedientes. Me obligaban a estar todo el día regañándoles e intentando enseñarles a comportarse. Algunos de ellos también presentaban una melena bastante desaliñada. Ni corta ni perezosa y ya que había empezado, continué la sesión de peluquería.

Tris, tras.

Tris, tras, tris.

Uno tras otro los muñecos quedaron calvos y escamondados. Ahora parecía que estaba al mando de un pelotón de reclutas diminutos o frente a la copia de juguete de una tribu urbana de energúmenos radicales. Mi felicidad hubiera sido completa de no ser por el infinito número de pelillos que se entretejían con mis ropas y me atormentaban con picores insoportables. Entonces lo comprendí todo, me di cuenta de que los niños habían sufrido el escape radioactivo de la central nuclear en un país de nombre raro. Lo cual me dio mucha alegría porque ahora podíamos jugar a los médicos, con sesiones de quimioterapia incluidas. Los chicos estaban muy enfermos y perdían el pelo por culpa del tratamiento. Y ya puestos, no vendría mal afeitarles la cabeza del todo, por lograr un mayor realismo.

No tuve tiempo de subir a por la maquinilla de afeitar de Roque porque Paula, mi muñeca más díscola, se hizo pis.

- Paula, yo pensaba que eras mayor, pero veo que no eres más que una niña pequeña, muy pequeña -decía mientras le cambiaba de ropa-. Y ya sabes que los niños pequeños tienen que llevar otra vez dodotis...

Con estos y otros argumentos le iba recriminando a Paula su descuido, de una forma tan sutil como demoledora, minando su frágil e inestable carácter de muñeca hasta que terminó llorando como una magdalena. A mi tierna edad ya estaba hecha una consumada torturadora psicológica. Aunque el mérito sólo estaba en repetir la forma en que se ensañaban conmigo mi madre o el novio de turno cada vez que hacía algo que no era de su gusto. Al tirar del jersécito, que se le había quedado pequeño, la cabeza de Paula salió disparada, cayó al suelo, rebotó blandamente y siguió rodando hasta la puerta entreabierta del salón. Cuando me agaché a recoger la cabecita descubrí algo muy extraño. Al principio me pareció una cinta de tela. Una línea plateada y sinuosa se dibujaba sobre la esterilla que estaba por fuera de la puerta. Al instante me olvidé de los muñecos. Otra vez la curiosidad desbordó al temor y me encontré de nuevo investigando el jardín renegrido.

Una maraña de trazos irregulares, secos y brillantes cubría el suelo del patio, extendiéndose por los muros de la casa. En muchos sitios aparecían mezclados con restos de pelos, formando una pasta sucia y pegajosa, tan consistente que incluso había resistido los manguerazos de Roque. Con el suelo húmedo apenas se veían, pero una vez secos su brillo destacaba con nitidez. Hacia el otro lado las líneas parecían agruparse señalando una dirección. Seguí aquella red,

apenas dibujada sobre la tierra, piedras y ramas chamuscadas. Intermitente y esquiva, me condujo por todo el jardín hasta confluír en el tocón del viejo castaño. Un sinfín de trazos que formaban una tira ancha y refulgente que ascendía hasta el agujero abierto en el centro de la madera. El rastro terminaba allí, en otro embrollo de pelos apelmazados. No sabía que significaba aquello, qué o quién habría hecho algo tan extraño. Lo único que estaba claro, lo único cierto y evidente, es que eso salía del castaño.

Entonces me di cuenta de que un poco más allá, frente a la caseta de Tugo, había otro charco igual de brillante y pegajoso, casi cubierto por la ceniza que no paraba quieta. Me agaché alargando la mano hacia aquel fluido que parecía reseco. Fue tocarlo y sentir que me abrasaba la punta de los dedos. Tuve que correr hasta el pilón que había llenado Roque y meter el brazo hasta el codo en el agua tibia. Pronto sentí algo de alivio en aquel dolor fulminante, insoportable, que no cesó hasta que me restregué las manos con fuerza. Ocurrió todo tan rápido que llegué a pensar que había sufrido una alucinación. De cualquier forma, la mano aún me escocía lo suficiente como para no atreverme a repetir la prueba.

Busqué a mi madre y la llevé a empujones para viera aquel insólito descubrimiento. El fulgor de los trazos que enmarañaban el suelo se confundía bajo nuestros pies con la ceniza, sin que ella lograra verlo con sus ojos de miope.

- Será el rocío, Lena –dijo de vuelta a la cocina.

El rocío, a mediodía, en aquel tórrido mes de julio en que toda la savia de la tierra parecía haberse evaporado... Aún hoy no sé si mi madre no llegó a enterarse de nada por su falta de luces o por el poco interés que ponía en atender algo distinto a su insípida rutina. Mi padrastra ocasional bastante más explícito. Roque llegó por detrás y con un pescozón y un grito destemplado me envió a recoger el canasto de los juguetes, que seguían desperdigados por todo el salón. Y me puse a amontonar aquel muestrario caótico de juguetería, rumiando con despecho toda la suerte de incógnitas que se arremolinaban alrededor de los gruesos muros de la casa, igual que los cúmulos de ceniza que iban y venían y una vez fueron el bosque.

CUATRO

Justo antes de la cena se desató otra tormenta doméstica entre mi madre y su insoportable novio. El hombre venía de correr por el monte, bien sudado y tan cubierto de tizne de pies a cabeza que al verle pensamos que se nos colaba un inmigrante en la casa. Sólo reconocíamos sus enormes dientes amarillos, desencajados y jadeantes en la cara congestionada, al borde del colapso. La barriga con que se adornaba la cintura, principio y fin de tales sacrificios, retemblaba nerviosa, satisfecha de no haber cedido ni un ápice, ni un gramo en sus posiciones. Apenas entrecortando unos reniegos, Roque se arrastró por las escaleras hacia el baño, para librarse cuanto antes de aquella cáscara de cochambre que traía puesta.

Entonces ocurrió el desastre. Cuando intentaba deshollinarse en la ducha, cegado por el gel, echó mano al bote del champú, con tan mala fortuna que cogió otro de limpiador desinfectante con bioalcohol. El efecto fue inmediato y a la irritación de todas las mucosas siguieron los manoteos frenéticos en los grifos, la sucesión de agua hirviente y helada, los gritos de pánico y las más gruesas blasfemias, alguna totalmente desconocida para mis tiernos oídos.

Aquello tenía la marca de la abuela. A buen seguro, como resultado de otra de sus exhaustivas reorganizaciones de la casa, enseres y mobiliario. La abuela tenía entre otras muchísimas manías, la de poner junto a la bañera una caja de cartón con los estropajos, bayetas, la bolsa para el agua caliente y el más variopinto surtido de productos para la higiene personal y la limpieza de la casa. Cohabitan así químicas tan dispares como el champú y el amoníaco, el aguarrás y el aceite de almendras, el sulfumán y la máscara para el cabello rizado. Como por aquel entonces, los envases de tales productos eran parecidos, había que prestar mucha atención al utilizarlos. Algo que, por lo visto, el muy avisado de Roque no tuvo la cautela de practicar.

La abuela también había atesorado una buena colección de táperes, de bolsas y de botellas de vacías de todas las formas y tamaños, quizás para un hipotético futuro de escasez del plástico. En todas partes se apilaban trastos en desuso, preferentemente por duplicado: dos neveras, dos televisores, dos mecedoras, dos anacrónicos juegos de café o de güisqui que ni se habían estrenado... Toda suerte de objetos y aparatos se amontonaban en la casa como restos de naufragios de los distintos hogares de la familia que habían ido a parar a aquella playa perdida que era la casa del pueblo.

- Pues no lo vamos a tirar, si está casi nuevo -justificaba la abuela el salvamento de cualquier armatoste inútil. Y que a nadie se le ocurriera deshacerse de nada, ni de una triste botella sin tapón, si no quería desatar su cólera. La consecuencia era que resultaba imposible moverse por las habitaciones sin golpearse la canilla con un baúl o un silloncito ni abrir cualquier mueble sin recibir una avalancha de cajas, botes y fiambreras en aquel auténtico yacimiento de arqueología industrial.

Roque bajó completamente enrojecido, no sé si a causa del enfado o de la ducha tan antiséptica. Enseguida la emprendió con mi madre, resaltando a gritos la vida, costumbres y

sobre todo la salud mental de su familia política al completo. Recorría la habitación a grandes zancadas, gesticulando con las dos manos mientras revolaban los faldones de la bata raída que pertenecía al abuelo. A través de la bata desabrochada se veía una mala estampación del Central Park de Nueva York en el pecho de la camiseta.

- ¡Si es que hay que estar mal de la cabeza! -insistía él.

- Pues si no te gustamos ya sabes dónde está la puerta. -decía ella de una forma igual de repetitiva.

Yo escuchaba distraída desde la cocina, dando cuenta de media tableta de chocolate relleno de trufa que se había deslizado hasta mis manos desde la nevera. Este placer clandestino y otros semejantes eran algunos privilegios que solía pescar en el río revuelto de nuestra original y tumultuosa relación familiar.

A punto de alcanzar el éxtasis del cacao, salí al patio entornando los ojos para añadir a mi deleite la luz dorada del atardecer. El monte pelado se inflamaba de nuevo, envuelto en el aire espeso del día agonizante. Caminé hacia el ocaso encendido, abstraída en el sabor del chocolate hasta que tropecé con el tocón del castaño. Sin dejar de mordisquear la tableta, acerqué la cabeza al agujero que había en el centro del tajo. Esta vez no oía nada. En cambio, el hueco exhalaba un olor dulzón y desagradable, como pegajoso, que me hizo imaginar un guiso tibio de carne podrida. Resultaba de lo más repugnante y desde luego nada apropiado como aderezo al regusto del chocolate.

De vuelta a la cocina, de pronto me pareció sentir un delicioso y extraño olor a horno, a tostado, a pan recién hecho. Aquella tarde las sensaciones se acumulaban de forma tumultuosa. Ya me relamía adivinando que rico bocado me iba a encontrar cuando descubrí la cruda realidad: en el horno se estaba quemando la pizza de la cena. Olvidada, libre de toda vigilancia, la pizza había pasado en cuestión de minutos y sin transición de congelado sólido a volátil humareda.

Al oler aquello la pareja dejó de discutir. Con movimientos que parecían ensayados, mi madre apagó el horno, Roque abrió la portezuela y el humo inundó la cocina en un instante. Luego despejaron la humareda entre toses y a golpe de servilleta. Yo agitaba un pañuelo de papel con el mismo frenesí y de paso me limpiaba los labios, la cara y las manos pringosas, delatores de mi última fechoría. Cuando el humo se hubo disipado, ellos hicieron lo único que no podía verles hacer sin ponerme atacada de los nervios, la única cosa que realmente me enfermaba en aquellos años tiernos: se abrazaron, se besaron con pasión, con tanto ardor que parecía que llevaran años sin verse y no que acababan de tirarse los trastos a la cabeza. Entonces hice lo único que podía hacer. A empujones me metí entre los dos, hasta que conseguí separarlos. Intercambiaron unas cuantas palabras y, como era previsible, enseguida estaban discutiendo otra vez, con el mismo ímpetu, como si de verdad se odiaran a muerte.

Malograda la cena, en tal situación de emergencia, mi madre recurrió a un menú alternativo. Consistía en un salchichón de oferta, de aspecto sonrosado, un poco crudo y picajoso de sabor, que traía un cuchillo afilado al láser de regalo. De segundo plato Roque preparó unas empanadillas, muy bien quemadas por fuera y a medio descongelar por dentro. Aunque empachada por el chocolate, no hice ascos a ninguno de esos manjares.

- ¡Esto sí que te lo comes! -decía mi padrastro virtual, al tiempo que me golpeaba en la mano con el tenedor, obligándome a soltar un puñado de rodajas de salchichón-. ¡Para esto sí que tienes hambre!

El muy rencoroso se refería a lo que había ocurrido a la hora de comer, cuando para no comerme el insípido filete de gallo fingí un tremendo dolor de tripa.

- Déjalo Lena, no te vaya a hacer daño -mi madre se creyó la historia.

El energúmeno de Roque torcía la boca y todavía me quería meter el pescado por la oreja. Como era lógico, enseguida acabaron ellos mismos discutiendo. Aproveché para escapar y como aún tenía hambre, me refugié en el garaje con una bolsa de patatas fritas. Les oía discutir a lo lejos y degustaba aquellas patatinas crujientes al punto de sal, hasta que noté un silencio sospechoso. Antes de poder reaccionar los tenía a los dos detrás, con los labios apretados y echando chispas por los ojos.

Igual que no podía ni oír hablar de verduras ni pescados, sentía auténtica pasión por la bollería, el embutido y las fritangas. Por harta que estuviera nunca desperdiciaba la ocasión de llenarme la panza con aquellas delicias. Más de una vez, tras cenar donde la abuela, de vuelta a casa me encontraba con que ellos estaban a punto de cenar. Como ambos eran bastante negados para la cocina, se alimentaban sobre todo de fiambres, precocinados y cosas por el estilo. Al ver semejantes chuchainas se me abría de nuevo el apetito y mentía acusando a la pobre abuela de no haberme dado de cenar. Por no oírme terminaban sentándome a la mesa. Tanta glotonería acababa pasando factura; no había quien me durmiera y les daba la noche, haciéndoles ir y venir a por agua, el termómetro o para atender mis conatos de cólico.

Mamá recogió la mesa en silencio. Después dijo que estaba cansada y subió a acostarse, llevándome con ella de la mano. Subí la escalera con resignación, ya que esa noche ponían en la tele una prometedora película de miedo. Aunque a mí, lo que de verdad me asustaba y prefería ver como auténticas historias de horror, eran las noticias. ¿Dónde iban a salir más cadáveres, mejores vísceras ensangrentados, las atrocidades más increíbles? Con el añadido de que eran absolutamente reales. Lo malo es que después me daba un miedo atroz quedarme sola, mucho más a oscuras, y casi siempre acababa teniendo espantosas pesadillas.

De dicha película había planeado que, tras mil excusas y regateos, vería al menos el principio. Por aquel entonces tenía muy depurada la técnica de prolongar hasta el infinito el yogur del postre o el vaso de leche de antes de dormir. Espaciando las cucharadas, miraba la tele de reojo para no perder detalle, hasta que el inevitable último sorbo me dejaba al descubierto. Luego siempre quedaba pedir pis, agua o ambas cosas, de forma que algo tan sencillo como irme a la cama se convertía en un proceso interminable que sacaba de quicio a mis mayores, quienes no tenían más remedio que poner punto y final a base de coscorriones. Pero aquella noche mi madre me arrastró escaleras arriba, directa hasta la cama, sin dejarme ninguna opción.

No podía dormir. Hacía mucho calor en aquella casa hermética. Con un pie tanteaba las barras de la cama. La frescura del metal me producía un alivio momentáneo. Dentro de mí se libraba una agria batalla entre el conglomerado de ingredientes que había participado en la cena. Sentía la boca seca. Un ardor emergía desde el estómago hasta inundarme el pecho y herirme la garganta. Tenía sed, una sed que me torturaba cada vez más. Sin embargo, me resistía perezosa, enredada en las sábanas. Había dentro de mí una lucha callada. El camino hasta la cocina era largo y mis músculos flojeaban como desconectados por un dulce sopor.

Se impuso la necesidad. Salí tropezando, con el frescor del suelo en los pies descalzos. Me rascaba un ojo y apenas era capaz de mantener el equilibrio apoyada en la pared. Algunos muñecos insomnes, con el gesto congelado en una instantánea de plástico, me miraban de reojo sentados en sus repisas. Un tenue resplandor rasgaba las sombras desde la escalera. Bajé muy despacio, agarrando fuerte la barandilla. El salón estaba a oscuras, con el televisor encendido. La fulguración del aparato producía una luz cambiante en el cuarto, un baile frenético de sombras que distorsionaba los objetos familiares hasta hacerlos irreconocibles. Me detuve sobrecogida. El

espectáculo de aquella escenografía fantasmal rozaba lo siniestro. Una paloma disecada se erguía en un ángulo del cuarto, arrojando proyecciones horribles en las paredes. El volumen al mínimo era sólo un leve zumbido, cortado de forma intermitente con cada cambio de canal. El novio de mi madre dormitaba despatarrado en el sofá. Entre resopleteos y ronquidos, en los breves intervalos de vigilia jugaba con el mando a distancia cuidándose mucho de ver tres planos seguidos del mismo programa. Por aquel entonces yo imaginaba que aquello era alguna forma rudimentaria de televisión interactiva con la que cada uno se fabricaba sus propias historias, tomando los retazos más apetecibles de las distintas emisiones.

Permanecí en la oscuridad, espionando en silencio. Por fin dejó quieto el mando a distancia y pude ver que la película parecía tratar de muertos ceñudos que perseguían cojitrانqueando a todo bicho viviente, con la aviesa intención de comerles los sesos. Todo un clásico en el que Roque aguantaba las escenas escabrosas y sanguinolentas, cambiando de inmediato cuando se relajaba la acción o había un conato de reflexión o de diálogo. Desde las sombras disfruté callada del fruto prohibido hasta que, tras un silencio tenso, hubo un golpe de música y apareció de repente llenando la pantalla la cabeza de un cadáver purulento y agresivo. Fue tal el susto que salté hasta el sofá.

- ¡Quiero... agua! -grité por justificarme.

- ¡Aaah! -chilló Roque, brazos y piernas al aire como si se le hubieran disparado ocultos y potentísimos resortes, de tal forma que acabó rodando al suelo, manifestando así una evidente inmadurez psicomotriz y una falta total de autocontrol.

- ¡Maldita sea! ¿Qué haces aquí? -dijo desde el suelo, quizás molesto por el cabezazo que se acababa de dar con la mesita baja.

- Tengo sed. Quiero agua -repetí con mi voz más inocente.

- ¿No te he dicho mil veces que no te levantes por la noche? -el hombre volvía rápidamente a su estado natural.

- Es que tengo mucha sed -dije con un pucherito.

- ¿Y qué haces descalza? ¿Cuántas veces te he dicho que no andes sin zapatillas? -y por una vez tenía razón en lo de las zapatillas, aunque después a él tampoco le iban a servir de mucho.

Roque se incorporó con torpeza mascullando maldiciones, tanteándose las abolladuras de la calva. Sin encender la luz se encajó las chancletas, mientras en la tele un Chevrolet se cala en plena calle. El chico no consigue arrancar. La pradera oscura se recorta contra un resplandor por el que fluyen penachos de niebla. Por ese horizonte artificial surgen sombras, siluetas bamboleantes en un contraluz siniestro. Con la iluminación cambiante del salón Roque caminó hasta la cocina, se introdujo a tientas hasta el fregadero. Les han descubierto. El motor se resiste. Los muertos vivientes se dirigen hacia ellos dando tumbos, huraños y hambrientos. El grifo no soltó ni una gota. Como cada noche, habían cortado el agua. Detrás de su cabeza brilló un fragmento de luna, a través de la puerta abierta que daba al patio, justo donde estaba el viejo castaño. La luz cruda de la nevera delató fugazmente su poco agraciado perfil. Un breve gorgoteo llenó el vaso. Las sombras de nuevo. La manada de espantajos resucitados avanza, les rodean con lentitud desesperante. Grita histérica la chica, el chico no sabe qué hacer. Siguen llegando más y más cadáveres andantes, comienzan a zarandear el coche con una desgana obsesiva...

Roque se acercaba a mí arrastrando un pie. La otra chancleta se le quedaba pegada al suelo, soltándose con un chasquido a cada paso.

- Venga, bebe y a la cama. ¡Deprisita!

Tragué el agua sin respirar, tosí, me atraganté.

Roque se miró la suela de la chancleta, donde algo viscoso comenzaba a gotear. Los muertos pegan sus caras rotas, babeantes, podridas, a los cristales que aporrear con desgana hasta que el parabrisas salta hecho añicos.

- ¿Quién diablos ha vertido...?

Roque volvió sobre sus pasos con la chancla en la mano y un pie descalzo.

- ¿Pero qué coño es esto? Está todo lleno de... -le oí decir desde la oscuridad de la cocina.

Una cabeza putrefacta estalla alcanzada por un disparo a bocajarro. Los chicos intentan abrirse paso a tiros.

- ¡Dios santo! ¡Me quemo! -gritó Roque a contraluz.

Vi como levantaba una pierna y se tambaleaba un instante para caer después como atravesado por un rayo. Otro disparo, otra cabeza que revienta. Humo y sesos putrefactos, otro más, y otra, muchos más, hasta que no quedan cartuchos. Pero son demasiados y siguen allí, con las uñas ansiosas hacia el interior del cristal reventado. El vaso escapó de mis manos estallando en mil pedazos. No sé cuánto tiempo estuve atónita, paralizada, hasta que moviéndome muy despacio alcancé la puerta de la cocina. En la película de la tele los monstruos desenterrados han atrapado a los chicos, primero a él, luego a ella, que chilla y patalea inútilmente. Los arrastran por la hierba y comienzan a comerse su carne blanca con toda tranquilidad.

- ¡Roque, Roque! ¿Qué te pasa? -susurré a punto de llorar.

Recorría la pared con la mano buscando el interruptor. Sabía que él estaba delante de mí, pero entre los fogonazos irregulares de la pantalla apenas podía distinguir un bulto tirado en el suelo. Un rumor creciente, un balbuceo familiar, como de cientos de bocas masticando, brotaba de las sombras.

Encendí la luz. Lo que pude ver entonces me dejó petrificada. Quizá por mi poca edad no tuve plena conciencia del horror que se extendía ante mis ojos. La cocina estaba llena de bichos. En el suelo, por las paredes, sobre los muebles, se retorcían y resbalaban por todas partes. Eran como las babosas que tantas veces había visto por el jardín, pero mucho más grandes, horribles, negras, con el tamaño y la forma de los plátanos maduros. No sé por qué me parecieron labios, enormes labios negros de muchas bocas desarmadas que gesticulaban sin decir palabra, susurrando sólo con el murmullo apagado que emitían sus cuerpos cuando se despegaban una y otra vez para abrirse camino en el bochorno de la noche, sin prisa, sin detenerse.

Roque continuaba allí tendido. Tenía una postura tan inverosímil que parecía un muñeco roto. Algunas de aquellas cosas ya se le habían encaramado, reptándole por encima. Una se le cruzaba en la cara como si fuera una cicatriz. Parecía muy atareada y desde ella fluía un hilillo rojo que se extendía por el piso en un charco espeso. Cerré la puerta con fuerza, aterrada, quedando de nuevo sumida en la oscuridad. A un tiempo quise correr, gritar, pero al darme la vuelta tropecé y caí golpeándome en la cabeza.

Después de eso, no recuerdo nada más.

CINCO

Abrí los ojos. Bajo la luz azul del alba fui saliendo de aquella pesadilla. Con los párpados casi pegados, apenas percibía en el techo la claridad del amanecer. Di gracias, no sé muy bien a quién o qué, porque todas las alucinaciones y angustias de la noche se habían disipado con la llegada de otra maravillosa mañana. Respiraba confiada y sólo me atormentaban unas enormes, apenas contenidas ganas de hacer pis.

Una tiritona progresiva me hizo sentir el frescor matutino. Alargué la mano instintivamente tanteando en busca de la sábana, primero hacia las rodillas, luego a un lado y al otro. Pero no había sábanas. Ni cama. Poco a poco fui apreciando la dureza de las baldosas bajo mi pequeño cuerpo. Al mismo tiempo un dolor comenzó a palpar en mi frente. Tenía en ella un bulto de buen tamaño que parecía latir con vida propia. Identifiqué despacio según recuperaba la vista las cortinas, la chimenea, los muebles del salón. El televisor seguía zumbando incongruencias. Me encontraba tendida en el suelo, sin comprender por qué no estaba en mi cama. Me puse de pie, cada vez más confusa. Una sombra horrible fue anidando en mi pequeño corazón. Lo único cierto en aquel momento es que ése no era mi cuarto y que tenía un buen descalabro en la cabeza. ¿Habría vagado por toda la casa como una sonámbula, perseguida por esas terribles pesadillas?

Ya no podía aguantar más, así que subí corriendo al servicio. Encaramada a la taza del váter, aún me sobrevenían las espeluznantes visiones de la última noche. Tan horribles eran, que debería haber corrido a esconderme bajo las sábanas hasta que el sol estuviera bien alto. Pero había algo que tiraba de mí con más fuerza. Tenía que asegurarme de que todo no había sido más que un sueño espantoso. La habitación de mis mayores seguía cerrada. Bajé de nuevo, ahora con las zapatillas y envuelta en la bata calentita.

La respuesta estaba al otro lado de aquella puerta rústica. Puse la mano en el picaporte con cuidado, como si quemara o me fuese a morder. Hubo un chirrido lento hasta que saltó el pestillo. La hoja de madera se abrió a la luz cegadora que desde la ventana inundaba la cocina vacía. La cocina completamente vacía de cualquier bicho o monstruo absurdo, vacía de nadie tirado en el suelo a medio devorar. No había nada. Tan sólo una alineación irregular de armarios lacados y electrodomésticos de otras épocas. Restos de la cena y varios utensilios culinarios se esparcían sin orden por la encimera. El grifo goteaba con ritmo, desperdiciando el suministro otra vez restablecido. Desde el patio las hojas de la parra daban un toque esmeralda al quicio de la puerta abierta. Pensé que el desagradable Roque estaría arriba, roncando a pierna suelta como un buen cerdito, ignorante de los horrores a los que le había sometido mi imaginación enfermiza.

Llegado a este punto, vi que sólo me quedaba algo por hacer. En el último armario escondían unas deliciosas galletitas rellenas de chocolate. Después de tanto sobresalto, pensé que era lo menos que me merecía. Arrastraba la banqueta hacia la encimera cuando algo crujió, rechinaba, se rompía bajo una de las patas. Parecían cristales y como unos alambres retorcidos. Estaban tan deformadas que me costó reconocer las gafas de Roque. Con la cara pegada al suelo

hice otro hallazgo inquietante. Había unos grumos sucios, irreconocibles, sobre charco pringoso que se extendía por toda la cocina. Se estaba secando y la humedad dejaba una fina costra plateada, brillante como un espejo bajo la claridad en alza de la mañana.

Como me temía, el manchón continuaba hacia la puerta y se ramificaba en ínfimos caminos que relucían y serpenteaban por todo el patio. Siguiendo aquel rastro encontré una chancleta abandonada y un poco más allá, un pedazo de trapo, apenas un jirón deshecho y húmedo de un rojo acuoso en el que se podía distinguir una burda representación del Central Park de New York.

Tan alucinada estaba que ni siquiera tenía miedo. Aunque intuía que allí fuera no estaba nada segura. De vuelta a la cocina tropecé con lo que me pareció la cáscara negra y podrida de un plátano. Pero aquello no tenía nada que ver con los plátanos. Eran dos bichos reventados, iguales a los que había visto por la noche en lo que ya estaba segura de que no había sido un sueño. Pasé sobre ellos evitando rozarlos. Después de reunir el valor suficiente, los examiné desde una distancia prudencial. Medían como dos cuartas de las mías y no había que fijarse mucho para ver las cabecillas rematadas en un par de tentáculos al final del amasijo de tripas y de babas. Algo realmente asqueroso, con el único atenuante de que parecían bien muertos. Pero allí había algo más.

Diseminados entre la porquería destacaban ciertos objetos pequeños, bien definidos, que era incapaz de reconocer. Sin atreverme a tocarlos, vacilé un momento entre la curiosidad y el miedo. Alcancé una cuchara del fregadero y recogí uno de ellos. Parte de un macarrón, tal vez un cristal, un pedazo de plástico... aquella lámina curvada, turbia, translúcida me recordaba algo que no conseguía identificar hasta que de pronto vi que eran uñas, uñas enteras, limpias, perfectamente descarnadas.

Podría haber pensado que Roque seguía arriba, que por algún motivo se había ido dejando la ropa, las zapatillas y las gafas, que aquellos despojos tendrían alguna explicación... pero al instante tuve la certeza de que estaba ante las cáscaras, las sobras de un banquete tan horripilante que ni me atrevía a imaginar.

Ante el terrible hallazgo de que unos seres de pesadilla se habían comido a Roque cualquiera habría salido huyendo, presa del pánico y al borde de la náusea. Pero yo me sentía como anestesiada, confusa y aturdida, flotando por encima de todo aquello. Era algo tan absurdo, repugnante y horroroso que, simplemente, no podía estar ocurriendo.

Cuando por fin pude reaccionar, actué de una forma que nunca he llegado a explicarme. Tal vez pensé con ingenuidad que al eliminar las evidencias también borraría los espantosos hechos. Quizá temía que me tomaran por loca o fue por mi manifiesta antipatía hacia el pobre Roque. Aunque creo más probable es que mi proceder se debiera a un prematuro e instintivo ataque de codicia. Sin ser entonces consciente de ello, iba a guardarme para mí sola aquel secreto terrible, un tesoro siniestro que con el paso de los años se revelaría de un valor incalculable.

Como siguiendo unas instrucciones precisas, fui a por la escoba y el recogedor que apenas podía manejar. Las cerdas del cepillo se pegaban al suelo untoso, abrasadas, deshechas por los humores corrosivos. Afloraron entonces un sinfín de mechones de cabello, una auténtica peluca desmadejada que se perdía en el oscuro dibujo de las baldosas. Con gran trabajo barrí y fui sepultando en el cubo de la basura todos y cada uno de los restos de aquel disparate. Un escalofrío me estremecía cada vez que me fijaba en los desperdicios, pelos, uñas y otros pedacitos que no me atrevía a reconocer. Cuando recogí toda la porquería, pasé la fregona, que aún empapada casi se deshace.

Con mis dedos gordezuelos y torpes cerré la bolsa como pude y la saqué a la calle. Se quedó así, oronda y muda junto a los contenedores, hasta que en la madrugada siguiente los del camión de la basura se la llevaron para siempre.

Mamá no tardo en bajar. Me encontró hundida en un sillón, con los pies colgando delante de la tele a todo volumen. Preguntó por Roque. Dejé por un momento de engullir los cereales chocolateados para responder lo primero que se me ocurrió:

- Se ha ido a por churros -dije con una mezcla inconsciente de mentiras y apetencias.
- ¿Hace mucho?
- Ahora mismo se acaba de ir.
- ¿Y no se ha llevado el coche?
- Es que... es que quería dar un paseo, para aprovechar el fresquito.

Yo improvisaba de maravilla. Me veía como en uno de esos partidos de tenis en que tienes que devolver cada golpe del contrario para que no te ganen la partida.

Derrotada en el primer set, mi madre se dejó llevar por la inercia del día. Puso la cafetera al fuego mientras fregaba algunos cacharos. Sentada junto a la ventana de la cocina, su café se le fue enfriando mientras esperaba inútilmente el resto del desayuno. Y recuerdo que viéndola me dio mucha rabia que por culpa de toda aquella película de miedo lo de los churros fuera sólo una invención.

Al mediodía, bajo un sol insoportable, mamá se marchó al pueblo. Como era de esperar Roque seguía sin aparecer. Mamá estaba ya bastante nerviosa, fue fácil convencerla para que me dejara en la casa. Vi como ponía el coche en marcha y se iba conduciendo con la punta de los dedos, sin atreverse a tocar el volante al rojo vivo.

Me dirigí de inmediato a la madriguera del tronco. Iba confiada, intuyendo que no había nada que temer. Creía, y tenía razón, que aquel era un peligro nocturno, que en las horas en que la luz ciega y el aire es abrasador estábamos a salvo. No parecía haber nada nuevo. Salvo el hedor intenso que emanaba de la abertura. Esta vez era tan fuerte y nauseabundo que a punto estuve de arrojar el revuelto contenido de mi pequeño estómago antes de salir huyendo hacia la casa. Comencé a cerrar meticulosamente puertas y ventanas hasta sentirme bien segura.

Mi madre no acababa de llegar y yo aguardé la llegada de la noche sola, atrincherada en mi cuarto bien cerrado, atormentándome con un montón de dudas y algunas certezas tremendas.

SEIS

Aún hoy, cuando recuerdo mi comportamiento de entonces, me sigo asombrando de cómo reaccioné frente a unos hechos tan tremendos. A pesar de mi corta edad, actué de una forma calculada y cerebral, demostrando una sangre fría, una determinación e incluso una crueldad dignas del adulto más templado.

Aquellos días no hacía más que darle vueltas al suceso. Incapaz de centrarme en ninguna de mis distracciones, pasaba el tiempo en la casa, asomada a la ventana vigilando el patio tomado por los remolinos de ceniza. Creo que hasta perdí el apetito. Mi madre iba, venía y lloriqueaba ajena a mis inquietudes, embebida en sus propias angustias. Durante otra noche de viento e insomnio tuve un momento de inspiración. En un momento realmente creativo tracé un plan macabro y despiadado que me revelaría gran parte de las claves del misterio.

Al día siguiente, con paciencia y no pocos engaños, capturé un gato incauto del vecindario. Pertenecía el infeliz a unos vecinos un tanto místicos, que se pasaban el día tocando tambores y quemando incienso. Tenía el bicho unos ojos azules profundos y confiados y atendía a un nombre que no recuerdo, algo que sonaba como a cereales para el desayuno. Al caer la tarde, busqué algo sólido para sujetarle. Como no encontré nada mejor, arrastré como pude una carretilla junto al cubil de las alimañas. Dejé al minino bien sujeto con un lazo primoroso a una de las patas de la carretilla. La cuerda era lo bastante larga como para permitirle cierta libertad de movimientos. Para que se estuviera tranquilo y no escandalizara le obsequié con unos salmonetes que estaban dispuestos a fastidiarme la cena. Mamá estaba tan ida que ni se dio cuenta de la sustracción y me hizo una estupenda tortilla de patatas. Por suerte para mis planes, esa noche la televisión estaba más espantosa que de costumbre y nos retiramos muy pronto a dormir.

Esperé con paciencia hasta que la casa quedó a oscuras y en silencio. Abandoné la cama deprisa, sin hacer ruido. Toda mi preocupación en ese momento era llegar antes de que despertaran. Bajé armada con una linterna que escamoteé del fondo del cajón de las herramientas y con todo el valor que fui capaz de reunir. Me movía con cautela, afianzando cada paso antes de dar el siguiente, mirando bien donde ponía los pies. La claridad lunar que se filtraba por la ventana apenas marcaba los volúmenes del salón. Con el corazón en un puño iba midiendo cada sombra y cada ruido nacidos en la calma densa de la noche. Aún más alerta todavía, atravesé la cocina y salí de la casa. Llegué hasta el pie del tocón del árbol con el pulso desbocado. Una cálida brisa paseaba nubarrones de borde algodonoso por la cara rota de la luna que vertía olas de luz y oscuridad sobre la tierra adormilada.

El gato aguardaba despierto; podía ver sus ojos chispeando en la penumbra. Cuando me acerqué maulló esperanzado, se estiró todo lo que dio de sí entre los bigotes y la punta de la cola y comenzó a ronronear restregándose contra mis piernecillas. Correspondí sin entusiasmo rascándole un poco entre las orejas y acariciando el lomo peludo que no dejaba de arquear.

Pero a mí lo que me interesaba era lo que podía ocurrir un par de metros más allá, en

aquella esquina quieta bajo la cambiante palidez de la luna. No se movía nada. Había una calma absoluta en la puerta de ese nido terrible.

Como buena niña que era, enseguida caí en un aburrimiento soporífero. Entre bostezos me tumbé en una hamaca cercana para hacer más cómoda la espera. El minino hizo un ruido extraño al verse abandonado y maulló un par de veces con desgana. Un suave viento acariciaba mis cabellos, trayendo aromas de maderas tostadas y el tenue rumor de cenizas que revoloteaban sin rumbo. Muy lejos, algún grillo resucitado iniciaba su cantata. La luna seguía con su baile presuroso, incansable, yendo y viniendo entre los cúmulos de las alturas...

Me despertó un grito, un chillido, un quejido tan desesperado que no supe si era de este mundo o del de los sueños. El gato bufaba presa del pánico. Se erizó enseñando los colmillos y después intentó huir de un salto, pero cayó sólo un poco más allá, quedando medio estrangulado por la cuerda que tenía sujeta al cuello. Del agujero, que aparecía nítido en la palidez del tajo, brotaban las alimañas, se retorcían por todas partes en una tremenda riada como un vómito negro del mismo infierno, agitándose igual que dedos pegajosos en busca de algo vivo que devorar. Se movían mucho más deprisa de lo que esperaba, convulsas como culebras, avanzando tan rápido como ellas. Con un chasqueto incipiente extendían su maraña rezumante por todo el patio, cubriendo cada hueco, examinado cada rincón a su paso.

Llegaron a la altura de la carretilla. El gato, aterrorizado, sin saber qué hacer, se encaramó en la parte de arriba de la carretilla. A su alrededor pasaban de largo, se retorcían, buscaban. Parecía que lo estaban ignorando hasta que a algunas de las bestias dieron con las patas y con la rueda y, después de tantearlas, comenzaron a subir. Durante lo que me pareció una eternidad treparon con una exasperante lentitud. Alcanzaron la cazoleta y la fueron inundando sin prisa. El animal se alejó todo lo que pudo, en equilibrio sobre el borde de la carretilla. Hasta que una de las babosas le tocó una pata y entonces se revolvió con un alarido espeluznante y una última cabriola imposible para caer desplomado como si un rayo le hubiera partido el espinazo.

Yo estaba paralizada, no sé si de miedo o de asombro. Contemplaba atónita como los bichos cubrían con calma el cuerpo inerte del gato, hasta que sólo se veía bullir una masa negra, gelatinosa, que lanzaba destellos apagados bajo el intermitente resplandor de la luna. En ese momento me di cuenta de que también estaban serpenteando entre las patas de la hamaca donde me encontraba. Intenté ponerme de pie con tanta prisa y tal torpeza que ésta se dobló por la mitad y caí estrepitosamente, quedando aprisionada entre la lona y los tubos. Pude verlos muy cerca, a ras del suelo, deslizándose hacia mí. Grité y pataleé como no recuerdo haberlo hecho en mi vida hasta que, medio a gatas, tropezando, alcancé la cocina. Cerré la puerta y me quedé jadeante, con la cara contra el cristal. Había tenido la gran suerte de no tocar a ninguna de aquellas sabandijas durante la huida. De haberlo hecho, estoy segura de que ahora no estaría contándolo.

Apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo. Locura y realidad acababan de fundirse en un instante grotesco. Tal vez no era cierto, tal vez sólo era un sueño espantoso. Lo único innegable es todavía temblaba, de tal modo que casi no podía sostenerme sobre las piernas. Incapaz de dar un paso, permanecía apoyada contra la puerta. Intentaba digerir el tumulto de imágenes que acababa de ver cuando sentí un contacto frío y suave, la ligera presión de algo deslizándose por mi cuello.

Me quedé sin aire. Contraí los músculos y cerré los ojos esperando el final.

- ¡Lena! ¿Qué te pasa? ¿Qué haces aquí?

Mi madre, despierta con tanto ajeteo, había bajado para ver que ocurría. Intentaba calmarme sujetándome por la nuca. Me derrumbé y rompí a llorar. Tal vez suponiendo que había

tenido un mal sueño me tomó de la mano y con palabras cariñosas me condujo hasta la cama. Allí quedé maltrecha y dolorida, extenuada, pero sin poder dormir, atenta al rumor que estuvo llegando desde la ventana cerrada hasta las primeras luces del alba.

Al mediodía salí en busca del gato. De él no quedaban más que algunos mechones y una costra brillante sobre la chapa de la carretilla. Bajo un sol despiadado contemplé horrorizada aquel amasijo repulsivo, casi al borde del desmayo intentaba descubrir cómo podría contener a las alimañas. Tenía sólo hasta la noche, antes de que volvieran a salir en busca de algo que devorar. El agujero olía peor que nunca, a punto estuve de salir corriendo. Todo era tan absurdo y complicado que me pareció inútil pedir ayuda y menos contárselo a mi madre. Nadie me iba a creer, pero si no hacía algo y pronto, estaba segura de que nosotras seríamos su próxima cena.

Resuelta a solucionarlo por mi cuenta, decidí que lo mejor era bloquear la salida del tocón. Los bichos habían demostrado ser unos asesinos crueles y eficientes, pero confiaba en que no tuvieran mucha fuerza. Probé con un trapo de la limpieza. Lo empujé con tanto énfasis dentro del agujero que se coló por completo y desapareció en el vacío. Varias ramas de distinto grosor siguieron el mismo camino sin conseguir taponarlo. La cabeza me ardía aplastada por los rayos del sol. Atraídas por la pestilencia, un enjambre de moscas insolentes revoloteaba a mi alrededor con su zumbido cansino.

Necesitaba algo más sólido y mucho más grande para tapar el agujero. Desesperada, al borde de un síncope alcancé varias piedras. Una a una fui probando a encajarlas, como si buscara la pieza clave de un rompecabezas. La última resbaló de mis pequeñas manos y me aplastó un dedo. En una fracción de segundo un relámpago insoportable me trepó por el brazo. Ni siquiera chupándome el dedo conseguía aliviar el dolor mientras me desesperaba por encontrar una solución. Sobreponiéndome a tanto sufrimiento y a la canícula que se derramaba sobre mí como metal líquido, seguí probando con más piedras hasta que encontré una que se ajustaba al hueco. Como aún sobresalía demasiado, la fui golpeando con otra piedra enorme que apenas podía manejar. Redondas, gruesas y saladas perlas de sudor resbalaban desde mi frente hasta la punta de mi nariz, caían al vacío con cada mazazo. Tras un esfuerzo agotador, conseguí hundir la piedra varios centímetros en la madera, hasta dejarla bien firme, perfectamente encajada. Apartando de mis ojos los mechones húmedos comprobé satisfecha como no quedaban fisuras ni resquicios, que nada podría salir de aquel infierno subterráneo.

Pasaron unos días de dolorosa incertidumbre. Mamá vivía en un continuo estado de ansiedad, entre el teléfono y la ventana, con los ojos rojos y un pañuelo de papel pegado a la nariz. Podía verla agitarse con cada coche que subía la calle y echarse a temblar cuando éste seguía su camino sin detenerse, surcando el asfalto líquido bajo un sol implacable. Llamó a todos sus amigos y a los de Roque. Ninguno pudo darle noticias; nadie sabía nada ni tenía idea de dónde podría estar el pobre muchacho. Era como si se le hubiera tragado la tierra.

Mamá se fue apagando poco a poco, como la llama de una vela atrapada bajo un vaso bocabajo. Una tarde la encontré en la cocina, inmóvil, con las manos en el fregadero. El grifo goteaba sobre un trozo de bacalao congelado. Contemplaba tan ensimismada aquel extraño remojo que no me oyó entrar ni se dio cuenta de que la hablaba hasta después de varios minutos. Parecía sólo otro fracaso, otra desilusión más en el ir y venir de sus patéticas relaciones, pero esta vez supe que algo delicado se había roto en su interior y que tardaría mucho, muchísimo tiempo en superarlo.

La familia de Roque no tuvo tanta paciencia y acabó denunciando su desaparición. El hecho de que también hubiera abandonado de esa manera tan precipitada su ropa y todas sus pertenencias, no hacía nada más que agravar las sospechas de que algo turbio estaba ocurriendo. Una mañana en que el calor empezaba a ser insoportable antes de lo habitual, vinieron unos guardias civiles de uniforme y pistola al cinto, bastante mayores y con aspecto cansado. Con evidente desgana, uno de ellos hizo a mi madre algunas preguntas rutinarias, mientras el otro garabateaba en una carpetilla de gomas raídas. Como con ésta y con otras pesquisas no sacaron nada en claro, las autoridades oportunas decidieron continuar con las investigaciones.

A los pocos días aparecieron unos señores en la puerta, otros dos guardias, ahora de paisano y mucho más jóvenes, pero con las caras igual de serias que los anteriores. Uno tenía bigote y el otro no y se dirigían a nosotras con palabras educadas y modales agradables. Todo en ellos era decir “si es tan amable”, “por favor” o “¿le importa que fumemos?”. Pero en cuanto mamá salió a apagar algo que hervía en la cocina y yo hice amago de seguirla, se soltaron el uno al otro un rosario de coño, hostias, joder y otras lindezas que hicieron mis delicias. Desde el otro lado de la puerta entornada me regocijaba oyendo como se insultaban sin miramientos y pude ver cómo, creyéndose a solas, cogían confianza y ensayaban golpes de kárate, lanzándose mutuamente patadas y puñetazos a discreción. Luego pusieron mucho empeño en agarrarse por turnos del cuello y retorcerse intentando liberarse, arrugándose los trajes sin ningún pudor. Con una embestida mal calculada estuvieron a punto de tumbar la mesa y cuando mamá y yo entramos de nuevo en el salón todo su afán era poner de pie el florero y los candelabros que habían volcado. Otra vez muy tiesos y formales y con la cara roja reanudaron como si nada la conversación. Mientras hablaban, mi madre me mandó a jugar con las muñecas al patio. No tardó mucho en salir uno de los guardias, el que llevaba bigote.

- ¿Te duele? –Dijo señalando la uña negra de mi dedito.

Negué con la cabeza y él siguió haciendo preguntas con tanto tacto y miramientos que parecía que estaba hablando con un retrasado mental o con alguien que no comprendía bien nuestro idioma. Yo, claro está, no sabía nada de nada. Todo mi afán era ocultarle la uña dolorida y delatora de los angustiosos momentos en que taponé a base de pedradas la entrada al mundo de los horrores. Me limité a repetir la historia de cómo Roque había ido a por churros y que estos nunca habían llegado, con tanta convicción y una mirada tan sincera que pareció quedar bastante convencido. Por último, los dos guardias se marcharon tan contentos, insultándose en voz baja, entre empujones y zancadillas que se ponían con disimulo. Quedé muy sorprendida con la visita porque no esperaba que la policía, fuera de ciertas películas, resultara tan divertida. Más adelante y gracias a mis maquinaciones tuve más de una ocasión de ser interrogada e investigada, pero a aquellos dos guardias como de tebeo nunca volví a verlos.

Las primeras noches mantuve una vigilancia atenta sobre la nefasta guarida. La casa estaba siempre bien cerrada para conservar intacto el bochorno y de paso evitar las oleadas de cenizas que seguían cabalgando por el valle. Desde dentro no volví a sentir ningún murmullo masticador. Algunas veces, a altas horas de la madrugada bajé hasta el patio con mil precauciones. La peligrosa entrada de la caverna seguía perfectamente sellada. Pero ellos estaban allí. Ni siquiera tenía que acercarme al tronco para oírles. Sus chasquidos eran más intensos que nunca. Estaban rabiosos, abrasados por la sed, desesperados por succionar cualquier cosa lo bastante húmeda que se cruzara en su camino.

Llegué a la conclusión de que por el día permanecían tranquilos y en silencio. Se

resguardaban en las frescas profundidades de la calina que se derretía sobre los montes carbonizados. Sólo entraban en actividad por la noche, deslizándose sus cuerpos repugnantes hacia la superficie. Pero ya no podían salir. Yo les había cortado el camino de nuestro mundo. De nada les valía su ferocidad letal contra el sello de piedra que cegaba herméticamente su cubil. Desde entonces tuvieron que resignarse a permanecer enterrados. Y así estarían todo el tiempo que yo quisiera, pues era la única que sabía de su existencia y me había convertido en su carcelera, su guardiana y también en su dueña.

Más adelante elaboré la teoría de que durante toda una eternidad habían vivido seguros, recluidos en las profundidades de la tierra por los caprichos de la evolución. Aquella era una zona de cuevas naturales y es probable que ellos habitasen en alguna sima bajo nuestra casa. Ocultos a la mirada del hombre, llevarían una existencia secreta, alimentándose de las humedades filtradas del torrente cercano o tal vez de otros seres repugnantes que en ellas pululaban. Y para su desgracia, después de varios años de prolongadas sequías, el cauce desapareció aquel verano. Todo su ecosistema particular se vino abajo. Estaban amenazados por un final seguro cuando, por gentileza de los leñadores desastrosos que talaron el castaño, encontraron una salida al mundo. Azuzados por la sed y por su instinto de cazador buscaban los líquidos que contenían sus presas, al abrigo de la noche, cuando más favorables eran las condiciones de la superficie. Su piel acuosa no soportaba la luz ni el calor y bajo los rigores diurnos se resecarían y morirían sin remedio. En la oscuridad era diferente. Una vez que manaban de la tierra en viscosos borbotones, fluyendo como una erupción negra desde los abismos, nada podía detenerles. Se retorcían hacia todas partes, titilando bajo las estrellas hasta topar con algún ser incauto. Estoy segura de que, como si se tratara de víboras venenosas, podían fulminar a cualquiera tan sólo con el breve contacto de su piel ponzoñosa, o tal vez de un mordisco. Qué más da. Lo cierto es que una vez paralizada la presa ya no era problema el tamaño de los asesinos, su lentitud o su torpeza, ni tenían que temer ser reventados de un pisotón, porque eran muchos y eran letales. Reptando con calma se afianzaban sobre la víctima y mezclaban algún fluido sobre carne, sangre y huesos hasta disolverlos y acabar asimilando todo el cuerpo en forma de jugos repugnantes. Saciaban así su sed y su hambre a la vez. Como ya había podido comprobar, tan abrumador era su número, tal era la cantidad de aquellos demonios que surgían de la tierra, que en pocas horas acababan por completo con un cuerpo. Cuando volvían hinchados a la seguridad de la guarida casi nada quedaba tras de ellos. Sólo el rastro plateado que dejaron sus cuerpos babeantes y los pequeños, casi imperceptibles despojos que no habían sido de su agrado.

SIETE

Pasó el verano y mamá y yo regresamos para habitar el restaurado piso de la ciudad. Como ya he dicho, en otoño el agua bajó de nuevo salpicando entre las peñas del arroyo, con tal énfasis que causó nuevas desgracias en el municipio. En algún tronco negro y dado por muerto renacieron las hojas; los matorrales y los brotes de nuevas vidas no tardaron en cubrir otra vez de verdor el valle herido, mientras el recuerdo de las víctimas del incendio se desdibujaba en la memoria, como cenizas que se fundieran lentamente con la tierra otra vez fresca, en un abrazo eterno y mineral.

En los años siguientes continuaron nuestras visitas periódicas a la vieja casona. El olvido y algunos trastos inútiles se fueron amontonando en el rincón del jardín, sobre el pedazo de tronco reseco. Más o menos en el centro seguía incrustada una piedra caprichosa, tan descolorida y polvorienta que parecía un bulto más de la madera. Solía coincidir nuestra estancia de vacaciones con los más grandes rigores del verano. El cauce del riachuelo se reducía entonces al mínimo, llegando incluso a desaparecer. En ese momento yo sabía que mis bestias secretas comenzaban a morir de sed. Me gustaba escuchar bajo las estrellas la ferocidad contenida de la jauría cautiva. De vez en cuando les provocaba vertiendo con paciencia un poco de agua en las finas rendijas que bordeaban la piedra que les encerraba y sentía como se encabritaban y se revolvían con rabia, excitados por la humedad. Año tras año comprobaba su presencia maligna en las tranquilas noches del estío, como si me contara a mí misma una y otra vez una leyenda increíble, fantástica, pero terriblemente cierta. Lo único que nunca me atreví a hacer durante el resto de mi infancia y de mi tumultuosa adolescencia fue destapar el túnel. No volví a ver a las fieras hasta lo de Natalia. Pero no adelantemos y volvamos a retomar el hilo de los acontecimientos.

Mamá restañó sus heridas a los pocos meses con un nuevo novio. El individuo, un tal Jacinto, además de estirado, pelmazo y rico, resultó ser melómano. Nos duró lo suficiente como para descubrir en mí ciertas cualidades, signos inequívocos de talento para la música. No sé si el hombre sólo intentaba sumar puntos con mi madre o si realmente supo reconocer mi talento prematuro. De cualquier forma, enseguida comencé mis estudios, estimulada por un auténtico violín que me trajeron a medias los Reyes Magos y el novio adinerado de mamá. Aquello fue el comienzo de mi fulgurante y breve carrera.

Por probar y sin mucha fe, mamá me apuntó a clases de violín y solfeo. De la misma forma había pasado ya por clases de natación, inglés, danza, judo y alguna que otra simpleza que no recuerdo. De casi todas esas actividades me expulsaron por rebelde y por demostrar continuamente una descarada falta de respeto e interés. Pero a diferencia de aquellos rotundos y tempranos fracasos, esta vez la música despertó en mí una auténtica pasión que ya nunca abandonaría. Fui una alumna ejemplar desde el principio. Absorbía las enseñanzas con ansia, con verdadero placer, aprendiendo como si fuera un juego más que una obligación. Para mí era tan sencillo expresarme con el violín como el hablar, pero este lenguaje salía directamente del alma

y era capaz de decir cosas imposibles de expresar con las palabras.

En cuanto tuve ocasión, ingresé en el Conservatorio. Con años de duro y placentero trabajo y una dedicación casi obsesiva, logré un dominio de la técnica que demostraba con ejecuciones impecables de los clásicos más recalcitrantes, como Sarasate o el mismísimo Paganini. Mi carácter ardiente completaba un estilo depurado y personal que tenía encandilados a mis profesores. Sí, era realmente buena entonces y es seguro que hubiera llegado a ser la mejor de no haber sido por ti, mi querida Natalia.

Natalia, mi buena amiga Natalia. Con sus ojazos azules y su sonrisa tímida. Tan poquita cosa y, sin embargo, tan inteligente y sensible. Siempre callada, fijándose en todo sin perder detalle. Estudiante infatigable, trabajadora como la que más, amiga leal, sincera, desinteresada y tan buena. Todo se lo perdonaba menos ese alma blanquísima que lucía a todas horas. Si hubiera mostrado un poquito de vanidad, sólo un poquito de egoísmo o de soberbia la habría odiado y envidiado de una forma normal, como a cualquiera de los que me rodeaban. Pero con ella era imposible. Natalia era perfecta en todo. Una tenía que dejarse seducir por sus bondades y quererla por narices. Así que acabé teniendo contra ella un rencor secreto y profundo, un odio que anidaba en mi pecho, cada vez más hondo, esperando la ocasión de saltar. Y reprimía este sentimiento paranoico y disimulado con la única esperanza de que llegase el momento de liberarlo, de que algún día podría desquitarme a placer.

Natalia y nos conocimos en la escuela primaria. Nuestras madres se hicieron amigas y hasta coincidimos en las primeras pasiones melódicas. Nos embarcamos las dos al mismo tiempo en la aventura del Conservatorio, crecimos y estudiamos juntas y juntas llegamos hasta el final. Hasta su final, para ser más exactos.

Mi querida Natalia. Después de tantos años de estudios, de tanto esfuerzo y sacrificio, nadie se merecía más que tú aquella plaza de profesor de música, especialidad violín tutti; nadie había luchado tanto y tan bien por ella. Excepto yo. Sólo tú fuiste capaz de hacerme sombra y superarme con justicia y quedar por delante de mí en la maldita convocatoria. Y eso era algo que yo no podía consentir. Ni a ti ni a nadie. Sintiéndolo mucho, no permitiría que ninguna otra persona ocupase MI plaza. Llevaba toda la vida preparándome para ello, soñando con una oportunidad así. Y no podía dejar que se me escapara cuando la tenía entre los dedos, pasar un montón de años esperando la próxima convocatoria que vete a saber cuándo sería y qué posibilidades tendría yo entonces. Tú sabías lo que ese trabajo significaba: dinero, independencia, viajes, prestigio, la fama tal vez; ni más ni menos que todo un futuro por delante. Por eso comprenderás que me alegrara cuando te dieron la noticia de que habías sido seleccionada. Y que yo había quedado la segunda, la siguiente candidata a ocupar la plaza, en el caso de que, Dios no lo quiera, ocurriese alguna desgracia. Por eso debes entender ahora por qué te invité a pasar el fin de semana en la casa del pueblo, para celebrar tu triunfo, nuestro triunfo. Las dos solas sin los amigos ni compañeros, sin los novietes, a solas tú y yo, disfrutando con calma del éxito y recordando todo lo que habíamos pasado juntas, como dos auténticas e inseparables amigas.

Llegamos tarde, cenamos poco y bebimos mucho. Había planeado al detalle la intendencia de la escapada, prestando especial atención a las bebidas. Vino, cerveza, dos botellas de ese cava dulzón que tanto te gustaba y otra de un rudo güisqui de marca. Un auténtico arsenal, suficiente para invitar a todo el vecindario. Y desde luego una barbaridad para nosotras dos solas. Te conocía bien. No aguantabas el alcohol, no sabías beber y perdías la cabeza a la tercera copa.

Aunque estábamos a mediados de julio brindamos a la luz de un fuegucillo testimonial que

te empeñaste en prender en la chimenea. Siempre fuiste una romántica incorregible, una bobalicona de campeonato, feliz en tu cosmos particular sin enterarte de que el mundo ya no estaba para esas simplezas.

Yo llenaba tu copa una y otra vez, mirando con aguda malicia y placer de autor como crecía mi obra en las chispas de tus ojos. Hablábamos sin parar y en plena risa tonta no fue difícil convencerte para seguir la juerga en el jardín, bajo la trémula mirada de las estrellas. La constelación de Casiopea, la madre despiadada, brillaba en todo su esplendor. Entre tropiezos y carcajadas fuimos a plantar las hamacas cerca del tronco cercenado de un viejo castaño.

- Verás que aire más rico corre aquí -te dije.

A pesar de ser una bebedora consumada, los efluvios del alcohol comenzaban a distorsionarme la cabeza. Tú no dejabas el parloteo, enhebrando una sarta de tonterías tras otra. Estabas muy excitada, desbordante de alegría y felicidad. Nada extraño, teniendo en cuenta que se te acababa de resolver la vida de un plumazo. El hielo se había deshecho en el fondo de nuestros vasos. Con paso inseguro fui por más a la cocina. Desarmé la cubitera flotando en una nube plácida y alcohólica. Me estaba durmiendo y por un momento llegué a olvidarme del verdadero motivo de nuestra pequeña reunión. Cuando regresé a tu lado noté que en la brisa nocturna faltaba el molesto soniquete de tu verborrea. Te habías quedado dormida. Me acerqué hasta ti para asegurarme. Con unos soplidos tenues y entrecortados, hasta diría que roncabas.

Intenté ordenar mis ideas a toda prisa, sobreponiéndome a la inundación de alcohol que embotaba mis sentidos. La débil luz que provenía de la casa apenas conseguía resaltar el volumen de la piedra encallada en la madera reseca del tocón. Imposible moverla con las manos. Me astillé una uña y mis dedos se rasparon inútilmente contra el áspero sello que los años se habían encargado de soldar con tanta firmeza. Necesité un destornillador y varios intentos para encajarlo y hacer palanca hasta que saltó la piedra. Un aire enrarecido y pestilente emergió desde las profundidades.

Tú seguías durmiendo tan tranquila, ajena por completo. Un último toque: el riego generoso del agujero para reanimar a mis viejos amigos y poner en marcha otra vez sus manías brutales. Te miré por última vez. Pude verte acurrucada sobre la tumbona, en un sueño plácido, definitivo, con tu sonrisa dulce a media luz. Por un instante tuve la absurda idea de arrojarte con algo para que no cogieras frío bajo el relente de la madrugada que se avecinaba. Me encerré en la casa y esperé. O me dormí esperando.

Me despertó el golpe de un tronco al derrumbarse en la chimenea. Aún vi morir las chispas que se esparcían por el suelo a oscuras. En mis sienes latía un zumbido doloroso. Con gran esfuerzo logré amoldar la vista a la penumbra del salón. El reloj achacoso de la pared marcaba las tres y veinte. Estaba algo más despejada tras el sueñecito, pero me sentía tan molida y espesa como si me hubieran aporreado. En cuanto fui capaz de incorporarme me asomé a la ventana. Seguías allí, dormitando bajo media luna clavada en lo más alto del cielo. Mis terribles aliados estaban fallando. Tal vez había pasado mucho tiempo y no recordaban los antiguos festines en las madrugadas veraniegas; quizás se habían muerto o, pensando en lo peor, ahora iba a resultar que todo era mentira. El secreto que guardaba desde la infancia como algo de un valor incalculable, aquellas desmesuradas aventuras que disfruté con tanta exclusiva, todo eso nunca existió, no había sido nada más que un espejismo, el sueño febril de una cabecita enferma en las noches de un verano abrasador.

Deambulaba por estas dudas y pesadumbres cuando oí el murmullo al tiempo que alcanzaba a ver el suelo del patio. A cientos, a miles, estaban allí. Eran tantos que cubrían las losas como

una alfombra negra y turgente. Al principio parecían sólo una vibración, pero al cabo de un momento los pude distinguir con nitidez. Los lomos húmedos centelleaban y se retorcían en la sombra formando oleadas en busca de algo con que calmar su ansia. Me estremecí con una mezcla agria de horror y satisfacción. Después de años adormecido en un rincón de la memoria, surgía, avanzaba, crecía hasta mí el incesante chasquido, el rumor venenoso de mi plaga particular.

Los ojos se me humedecieron, un nudo doloroso se me atravesó entre el pecho y la garganta. Se mezclaron el terror y el asco de lo que veía con los recuerdos ya olvidados, buenos o no, todos agudos como alfileres. Reprimidos desde una infancia lejana y penosa, mil recuerdos rasgaron en un instante las endurecidas telas que envolvían mi corazón. Volvieron los juegos, las carreras y las risas en la calle, la abuela confortable y protectora, siestas, calor, un perro asesino, la infinita soledad de mi madre, siempre acompañada en sus días perdidos, las hormigas que huyen bajo el sol, mis muñecos rebeldes, eternamente torturados y sucios, Papá, apenas una palabra, una sola imagen de un verano, y todos los que le sucedieron, suplentes fracasados, el agua, la manguera y los charcos bajo las hortensias, niños, hermanos, vecinos, juegos hasta la última hora de la tarde para acabar regresando a los gritos, llantos y palabras horribles que se oyen aún con los oídos tapados, lo que sea antes que estar sola.

Algo no funcionaba. La damisela parecía dormitar intacta, feliz, sobre aquel infierno negro en ebullición. Se había hecho un ovillo, con las piernas recogidas sobre la tumbona, en una confortable posición fetal que la mantenía completamente a salvo. Me pareció además que esa noche las bestias se mostraban bastante más torpes y despistadas de lo que cabía esperar. Algo lógico después de tanta inactividad. Zigzagueaban entre las patas de la hamaca sin decidirse a trepar por ella, sin darse cuenta del festín que les aguardaba un poco más arriba de los tubos insípidos e incomedibles.

Encendí un cigarrillo. Lo aspiré con avidez, nerviosa, expulsando el chorro de humo pálido contra el cristal de la ventana. Vigilaba la escena, sin ver ningún cambio. Alumbré y apuré un segundo pitillo. Nada. Ni se movía la chica ni espabilaban las alimañas.

Dieron las cuatro. Decidí calmarme y esperar, aquello se desencadenaría de un momento a otro. Me tumbé en el sofá y cerré los ojos a un techo oculto en la oscuridad. Podía oír todos y cada uno de los rumores de la casa inerte. Los fui identificando, reviviendo un pasatiempo solitario y casi olvidado. La madera se contraía con crujidos inquietantes, algunas pinzas se golpeaban entre sí en las cuerdas del tendedero, la brisa ululaba entre las copas de los árboles y hacía trastabillar un canalón inseguro; un pájaro sin nombre llamaba en el bosque; no podían faltar los ladridos en la distancia y hasta me pareció oír una motocicleta rezagada y escandalosa en las lejanas calles del pueblo.

El reloj marcaba las cinco menos veinte. Volví a la ventana. Era increíble, para cabrearse de verdad. Natalia había dado la vuelta, tan campante en la tumbona, y ahora me enseñaba la espalda con la mayor insolencia. Para colmo, los gusanotes o lo que fueran parecían volver resignados a su cubil, seguro que cansados de una ronda nocturna tan infructuosa. Aún estaban por todas partes, pero su número comenzaba a clarear aquí y allá. Vi que si no actuaba enseguida todo se echaría a perder. Recordé los armarios de la casa donde se concentraban los trastos de varias generaciones. Subí las escaleras de tres en tres y comencé a revolver cajones y baldas como si estuviera poseída. Por fin encontré unas viejas botas de goma, altas y gruesas. Eran de hombre, de un verde horrible y los pies me bailaban dentro, pero pensé que podría soportarlo dada la urgencia de la situación. Bajé con toda la prisa que me permitía un atuendo tan

incómodo, me armé con un atizador de la chimenea y salí al patio dispuesta a todo.

De cerca el espectáculo era aún más espeluznante. Regados por el candor de la luna un número todavía peligroso de aquellos esperpentos pululaban en retirada, sin dejar de escudriñar todos los rincones, menos el que debían de atender en primer lugar. Al deslizarse entonaban el murmullo monótono que se elevaba más inquietante que nunca. Me acerqué hasta la joven de los dulces sueños. Fui pisando con cuidado, pero aun así aplasté algunas sabandijas por lo grande y espesa que todavía era su asamblea. Explotaban bajo mis pies. Un leve chapoteo sin queja fue impregnando mis botas con sus entrañas pegajosas. A través de la suela notaba su textura como de goma, su poca consistencia, hasta me pareció sentir el frío de sus cuerpos sin sangre. Era como andar sobre enormes chicles, como reventar yogures cerrados que se rompían con un estallido sordo.

Superando las náuseas, el impulso de salir corriendo lejos de aquel espejismo macabro vi que estabas descalza y que seguías con las piernas recogidas sobre la hamaca. Aquellas piernas apenas cubiertas por un pantaloncito, piernas maravillosas, trigueñas, perfectamente torneadas... pero que todavía eran demasiado cortas y que ni tirando de los pies conseguía que tocaran el suelo. Quedaron los pies con un suave balanceo de sonámbulo a unos centímetros de las losas por donde se escurría un destino repugnante.

Te quejaste con un gruñidito, apenas un ronroneo, como si fueras a despertar. Un par de gusanos se habían emocionado más de la cuenta y ya se encaramaban por mis botas. Intenté apartarlos con el atizador, lo que no fue nada sencillo. Los bichos se pegaban al hierro, a las botas, y se revolvían de tal forma que tuve que destrozar sus cuerpos correosos para sacármelos de encima. La goma tan gruesa que me protegía los pies se estaba descomponiendo, sentía como chisporroteaba a punto de perforarse. Unos minutos más y yo misma les iba a servir de postre. O de plato principal, porque la bella durmiente ni sentía ni padecía.

- ¡Ya está bien! –grité con un temblor, cada vez más desencajada de miedo y nervios.

Te cogí de las manos para levantarte de un tirón. Obediente como siempre, mi querida Natalia, colaboraste poniéndote en pie según ibas despertando, descolocada de tiempo y lugar, soltando quejas gatunas desde el mundo de los sueños. Pero a mitad del despertar uno de tus pies descalzos encontró lo que yo buscaba para ti. Un rayo, un dolor insoportable te partió por la raíz. Abrazada a mí para sostenerte, por última vez tus preciosas pestañas aletearon a media luz cubriendo esa mirada tan dulce. Y con una sonrisa bobalicona de beoda apretaste mis manos para no caer, sin sospechar que sería precisamente yo la que te ayudaría a tumbarte para siempre.

OCHO

La puerta gime, se resiste, se atasca. Con un empujón la madera vuelve crujir y franquea el paso. Dejo el sol del patio y el olor de la humedad encerrada durante meses me golpea en la cara. Ciega frente a la habitación a oscuras, sólo al cabo de unos instantes veo algunas rendijas de luz en la ventana del fondo y distingo los bultos que surgen de la penumbra. Sorteando como puedo los muebles, enciendo la lámpara, apenas un reflejo amarillento.

Benja va entrando el equipaje mientras subo una por una las persianas. La luz verdadera inunda el salón con un polvillo dorado y las cosas toman por fin forma, color y nombre. Cada trasto sigue en su sitio, nada parece cambiar en este decorado absurdo. El sofá inhabitable, el tapiz de la cacería de ciervos, las dos neveras, la paloma disecada y una larga lista de objetos se diseminan hacia donde uno mira y más allá aún, en cajones repletos de cosas sin memoria, por los interiores ocultos de los armarios, detrás o debajo de cualquier cachivache.

Está todo hecho un asco: los cristales sucísimos, una cuarta de polvo en los muebles y el suelo lleno de pelusones que no sé de donde han podido salir. Algunas arañas han comenzado a redecorar el salón colgado a capricho sus telas por aquí y por allá. Nunca entenderé como se puede llenar tanto de mugre una casa en la que no se vive, sin nadie que ensucie, con todo bien cerrado. Siempre que venimos al pueblo pasa lo mismo. Vamos a estar cuatro días y nos pasaremos la mitad del tiempo limpiando.

Del jardín, mejor ni hablar. Cientos de insectos pululan ociosos bajo el sol ardiente, sobre la hierba seca que me llega hasta la rodilla. Árboles y arbustos se confunden en la misma maraña. En un rincón, entretejido con las zarzas, yace el esqueleto de una bicicleta. Por cualquier parte, restos desconocidos de los trastos más variados e inútiles. No hay quién reconozca en este vertedero el patio que un día fue la envidia y admiración de todo el vecindario. Ni rastro quedan de los geranios, las hortensias, las dalias de la abuela. Puede que todavía haya alguno asilvestrado entre la maleza. Lo mejor sería pegarle fuego y dejar que las llamas pusieran orden en esta selva penosa.

Benja dice que no tiene sentido conservar semejante ruina. Sobre todo, ahora que ha heredado. La urbanización donde vivimos está prácticamente en el campo. La casa es preciosa, recién construida, rodeada de un jardín enorme y cuidado hasta el último detalle. Si nos apetece hacer una escapada, el mundo está llenos de lugares mucho más interesantes que éste. Y si queremos algo más cercano y relajado tenemos la casita de la costa, tranquila, confortable, con unas vistas de tarjeta postal. La verdad es que no tenemos necesidad de mantener esta reliquia de vivienda, que es vieja, incómoda, llena de averías y cada año que pasa le salen más y más, que sólo da trabajo y gastos. Para sacar provecho de ella habría que tirarla entera y levantarla de nuevo. Y según Benja, no merece la pena el esfuerzo.

Nada más poner los pies en la casa me deprimó, veo que a Benja no le falta razón, que no le puedo decir nada en contra. Hay días en que se levanta como torcido, buscando pelea con

cualquier excusa. A menudo se mete con mi vieja casona. Así que cuando le da por ejercer de agente inmobiliario o de técnico en derribos tengo que contestarle recurriendo a los sentimientos, al corazón, porque con la lógica sería imposible. Le repito que es la herencia de mi familia, aquello del respeto a la memoria de los difuntos, los recuerdos de la infancia que se amontonan por todas partes y tonterías por el estilo que voy soltando según me viene la inspiración.

A mí todo eso me trae sin cuidado. Nunca me han preocupado esas ñoñerías y a estas alturas no creo que cambie. Aunque es cierto que de ninguna manera quiero vender de la casa; no puedo perderla ni dejar que caiga en manos extrañas. Nadie ve motivos para mantener esta reliquia, pero hay razones que me atan a ella y que no puedo desvelar. Eso es un secreto. Un secreto tremendo, atroz, inconfesable, que sólo yo y nadie más conoce. Y quienes lo han conocido, aunque sea por unos instantes, ya no están aquí para contarlo. Como ocurrió con el padre de Benja, sin ir más lejos.

Así que Benja debería ser un poco más respetuoso con esta casa y no marear tanto con que no sirve para nada y que sólo da problemas. Cuando se pone así no le aguanto, me dan ganas de contarle la verdad, para que se calle de una vez, para que sepa realmente a quién le debe todo ese dinero que ahora disfruta y que tanto le llena la boca. No hay que tener una gran memoria para recordar que el dueño de todo era su padre. Y que el viejo le tenía más derecho que una vela, siempre encima de él, con un sueldecillo miserable, para que aprendiera el valor de las cosas, cuánto cuesta conseguirlas y lo dura que es la vida.

No niego que me fijé en Benja porque era el único heredero de una de las fortunas más escandalosas del país. Yo ya estaba un poco cansada de tanto ir y venir con la orquesta. Al principio me hacía gracia la novedad, los viajes, el extranjero. Pero acabé harta de tanto hotel, de tanto aeropuerto, de ciudades y de escenarios que siempre eran lo mismo. Y, por si fuera poco, para mantenerme en primera línea era necesario un trabajo constante, una disciplina insoportable. Era algo agotador que había perdido la gracia de los primeros años y necesitaba dar un giro a mi vida, cambiar, pero a lo grande.

Benja se cruzó en mi camino y aunque yo di el primer paso, como de costumbre, el mismo se enredó solito y se ocupó de engatusarme entreabriendo la cartera y también la puerta de un futuro deslumbrante. Nada más lejos de la realidad. Mucho coche grande y mucho piso en el centro, pero ahí acababa todo. Lo cierto es que el tirano del padre le tenía a raya, matándole de hambre con una paguilla de funcionario. Visto desde fuera podría parecer que disfrutábamos de unas buenas rentas, pero con todo el patrimonio de la familia y todo el dinero que manejaban era una auténtica miseria, nada más que las migajas. Y yo no me había metido en aquel fregado para conformarme con las sobras de nadie. Ni después de casarnos ni en los años siguientes cambiaron mucho las cosas. Yo ya estaba aburrida de esperar, de aquel vivir a medio gas y decidí precipitar la historia. No tuve más remedio que hacer que mi maridito heredara antes de tiempo.

No me costó trabajo enredar al viejo. Le propuse una cita secreta con el pretexto de que tenía algo muy importante que revelarle. Aceptó sin pensárselo. Nunca llegué a saber si vino con la esperanza de tener algo más que una charla -menudo elemento era el amigo- o traía la secreta ilusión de desenmascarar por fin a la pelandusca que se había casado con su hijo y poner orden en su sagrada familia. Nunca le caí bien. Siempre me miró con recelo, como si viera en mí algo que no le acababa de gustar. Y tenía toda la razón. De cualquier forma, todo eso ya da igual. El caso es que, por un motivo u otro vino para verme a solas, en la vieja casa de mi familia.

Estábamos en pleno verano, la época ideal para visitar aquel sitio. Ideal para mí. Volví a

repetir lo de la bebida, el patio y las estrellas. Pero el buen señor era un buen bebedor, se chupaba el güisqui como si fuera agua y al final tuve que echarle una mano, acompañada de un golpe certero de pala dirigido a la nuca. No tuve más remedio que acelerarlo porque ya me estaba empezando a agobiar, insistiendo en saber el motivo de la reunión. La verdad es que me había pillado yo sola: al contrario que otras veces, no había preparado ninguno. Después, vino lo de siempre: la jauría de bichos, el frenesí, y para terminar nada, ni rastro del invitado. A excepción, claro está, de algunas uñas, pelos y los botones de la camisa, que debían ser de marfil o de alguna otra ordinarietà.

El coche, la chaqueta y los zapatos del suegro aparecieron a mucha distancia, al borde de un pantano muy profundo. Los buzos no encontraron nada más. La hipótesis del suicidio se impuso sobre todas las otras y en un plazo razonable mi esposo y yo pasamos a disponer de una fortuna indecente.

¡Ay si mi querido maridito supiera! Entonces no haría tantos ascos a esta vieja casa que para él es casi un panteón familiar.

Para mí desde luego lo es. Hay demasiados pedazos de mi vida sepultados aquí. En el sentido más tremendo de la palabra. Ya he hablado del avaro de mi suegro, así como de Natalia y de aquel padrastro pesado, pero también invité a venir al nuevo director con ideas equivocadas sobre la orquesta, un par de novios infieles, amigos que se esfumaron junto con su amistad, compañeros trepas, perros y niños demasiado ruidosos, vecinos pleiteadores, un inspector de hacienda con el olfato muy fino... Y hasta la pobre mamá, que se libró al fin de su desazón existencial. Todos entraron en mi vida por diferentes motivos, pero salieron de la misma forma: a través del sumidero en el tocón del castaño que desagua directo en el más negro de los infiernos.

Con paso de los años y el tránsito de infelices he alcanzado un dominio de la técnica, una precisión en las ejecuciones realmente envidiable. Y cuando hablo de ejecuciones lo digo en el doble sentido: como artista que lleva a cabo una creación y como verdugo. Sólo necesito que el aspirante a la eternidad me acompañe al patio en una cálida, muy cálida noche de verano. El imperativo de que sea en verano no deja de ser una molestia. A la gente le da por fastidiar en cualquier época del año y a veces hay que fingir una relación amistosa y creíble, soportarles y esperar durante meses a que acepten la invitación fatal. Eso si no se empeñan en irse de vacaciones y tengo que aplazar el asunto durante otro año.

Mi horrible jauría sigue siendo de lo más eficiente. Apenas dejan rastro y al despuntar el alba, cuando acaban, regresan dóciles a su guarida, como si volvieran de alguna juerga nocturna. Y allí se estarán quietecitos y encerrados hasta que les convoque para el próximo festín. Los muros altos del patio y lo desolado del barrio protegen la intimidad de mis enredos. Si alguna vez la policía me ha estado mareando ha sido por la rutina de las investigaciones. Siempre me he cuidado mucho de ser vista con la víctima y hasta les obligaba a mantener el secreto del fantástico fin de semana que iban a pasar conmigo. Por suerte, la policía no ha brillado por su perspicacia desde nuestro ya lejano primer encuentro. Nunca han encontrado ni una pista, ni un indicio, y jamás han sospechado nada. De todas formas, creo que, aunque confesara a gritos la verdad nadie me creería, pensarían que estoy loca remate. Aun así, los años me han enseñado a ser cada vez más prudente y nunca me arriesgo.

Por eso, mi amor, todo el mundo cree que estás fuera, en viaje de trabajo. Tú mismo lo has dejado dicho. Hasta la arpía de tu secretaria, que lo sabe todo, se ha tragado eso del negocio de la máxima importancia y en el que conviene una discreción extrema. En realidad, he sido yo la que te ha dado la idea de pasar un fin de semana solos, aislados por completo, sin que nadie nos

moleste. La parte más difícil ha sido traerte a este rincón que tanto aborreces. Pero la falsa promesa de que por fin consentía en venderla y que quería despedirme de ella ha bastado para convencerte. Veo como suspiras y la cara de asco que pones cuando cargas con la maleta por las escaleras. Seguro que piensas que merece la pena un último sacrificio con tal de librarte de tan ruinoso decorado.

Será una noche inolvidable, eso te lo puedo asegurar. Por fin vas a saber en qué pienso cuando dejo la mirada perdida en el infinito, a dónde vuelan mis suspiros. Vas a conocer el misterio y ya no habrá secretos entre nosotros, nunca más, mi amor.

Sólo te pido un pequeño, un último esfuerzo. Y es que despejes un poco el patio, que quites la hierba, nada más que un pedacito junto al viejo tronco seco. Es donde más fresco corre el aire, donde huele mejor la noche. Allí nos tenderemos el uno junto al otro, de cara al cielo eterno y veremos muy cerca las estrellas, tan cerca que tú, mi amor, sólo tendrás que cerrar los ojos para tocarlas.